

622543000001

CES-XIX

103-4

# LOS LAZOS DEL VICIO,

DRAMA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL Y EN PROSA,

DE

**DON MANUEL ORTIZ DE PINEDO.**

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe la noche del 9 de  
Febrero de 1861.

**MADRID.**

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.  
1861.



## PERSONAS. ACTORES.

LEONCIA.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
MATILDE.....	DOÑA CONCEPCION MARIN.
LUISA... {	DOÑA ADELAIDA ZAPATERO.
EUGENIA { criadas {	DOÑA BALBINA VALVERDE.
D. FERNANDO.....	D. PEDRO DELGADO.
D. MANUEL.....	D. JOSÉ CALVO.
EL VIZCONDE DE LA AURORA.	D. MANUEL PASTRANA.
UN ESCRIBANO.....	D. EDUARDO MOLINA.
JUAN.....	D. JOSÉ ALISEDO.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramaticas y liricas titulada EL TEATRO, y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de la misma galeria son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.



AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

D. Antonio Cánovas del Castillo,

ACTO PRIMERO.

SUBSECRETARIO DEL MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

Salvador de la Cruz.

Querido Antonio: Tiempo hace que deseaba dedicarte una obra mia en testimonio de mi buena amistad: la calurosa acogida que el público ha dispensado á *Los lazos del odio* me ha hecho juzgar esta como la mas á propósito para que tu nombre vaya al frente de ella junto con el de un apasionado

Manuel Ortiz de Tuedo.







## ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con lujo.

### ESCENA PRIMERA.

JUAN, LUISA.

(Con un plumero en la mano.) Estoy ya cansada de arreglar tanto mueble...

De callar es de lo que estás tú cansada. ¿A que empiezas otra vez con tus preguntas?

Pues ya lo creo... Despues de seis años de ausencia, de correr por esos mundos que habeis pasado el amo y tú, ¿qué cosa mas natural?...

Es verdad; pero desde hace cinco dias que llegamos, no has cerrado el pico.

Pues haz cuenta que ahora empiezo. ¿Qué son cinco dias de charla para seis años de silencio?

Es decir, que segun tu cuenta otro tanto tiempo pien-sas llevarte... dále que dále... ¡Dios me libre! ¿Qué san-to habrá abogado contra las criadas preguntonas?

San Cernícalo, que lo es de los criados necios. ¡Miren el majadero!... De mas hago yo en dirigirte la palabra...

(Le vuelve la espalda.)



JUAN. (Sentándose.) Vamos, pregunta lo que quieras con tal que no te incomodes. Si yo tambien tengo ganas de echar un párrafo; pero no á todas horas.

LUISA. (Sentándose.) ¿Y cómo no he de hablar hasta por los codos, si todo lo que veo y oigo es un pñro misterio?...

JUAN. ¿Un misterio?...

LUISA. Si; en primer lugar la trasformacion que ha sufrido el señorito... Cuando se fué á Filipinas, hace seis años, era el primer calavera de la corte... siempre de banquete en banquete, de baile en baile... rara era la noche que venia á dormir á casa... solo se recogia temprano cuando tenia que madrugar para algun desafio... siempre de buen humor, menos cuando perdía en el juego... rodeado á todas horas de amigos tan locos como él... metido en qué sé yo qué bolinas de periódicos y teatros... contando á cada momento conquistas amorosas... dejando una para tomar otra y hablando mal de todas, era su vida una continua novela y él el señorito mas gastador, desarreglado y alegre de cuantos ha conocido. ¿Y cómo ha vuelto?

JUAN. Algo mas serio... mas grave...

LUISA. Completamente desconocido. Parece que se llevaron uno y que han traído otro. Antes tan jovial, tan decididor, tan bromista; y ahora tan silencioso, tan taciturno, tan pensativo... Si yo no me atrevo á mirarle á la cara... yo, á quien tantas veces ha contado él sus aventuras... ¿Qué diablos le ha pasado en Filipinas?

JUAN. Filipinas, es la tierra donde recobramos el juicio los calaveras y donde adquirimos todos un dolor de estómago...

LUISA. Tienes razon. Tú que eras el retrato de tu amo, en brocha gorda, la vienes echando tambien de juicioso y arrepentido.

JUAN. Yo imito á quien me paga.

LUISA. Pero en fin; ¿qué le ha sucedido en esos paises tan lejanos?

JUAN. Muchas cosas que te contaré mas adelante.

LUISA. Y ademas de esa trasformacion, que tanto me choca y maravilla, ¿qué significa el misterio con que estamos preparando esta casa?

JUAN. Ese es un secreto del cual solo sé una parte.

LUISA. Que necesito que me reveles en seguida.



JUAN. (Mirando á todos lados.) El señorito trata de casarse.

LUISA. ¡Jesus! El, que ha hablado tan mal de todas las mujeres.

JUAN. Esos somos los que mas pronto caemos.

LUISA. Pero si parece mentira...

JOAN. Pues no lo es.

LUISA. ¿Y esta casa la preparamos con tanto esmero?...

JUAN. Para la novia, que debe llegar hoy mismo con su padre, que es el hombre de peor genio que he visto.

LUISA. ¿De veras?

JUAN. Un marino muy rico... pero tan impetuoso...

LUISA. ¿Y el señorito vá á parar en esta casa?

JOAN. No; tú y yo nos vamos á quedar aquí al servicio de los huéspedes y el señorito vivirá en la fonda hasta que se verifique la boda.

LUISA. ¡Cuánto enredo! Anda, que cuando sepa su vuelta cierra la dama... Ya sabes quién digo.

JUAN. ¡Ah! me recuerdas que el primer encargo que me ha dado es que no hables á nadie de su venida.

LUISA. ¿A buena hora.

JOAN. ¿Qué has hecho?

LUISA. ¡Toma! decírselo á dos ó tres conocidos míos, y entre otros á un señorito á quien le plancho las camisas y que es de estos que escriben en los periódicos, eso que llaman... la gaceta.

JUAN. Me has perdido. Como lo llegue á saber el amo me planta de patitas en la calle.

LUISA. Pues vaya si lo sabrá; el tal me dijo apuntando con un lápiz, «me ha dado usted una buena noticia.» Yo le doy casi todas las que él publica en letras de molde... Porque como plancho tantas camisas...

JUAN. Ahora comprendo por qué decia mi amo cuando andábamos siempre metidos en papeles públicos, si los suscritores...» (Recordando.) eso era... «si los suscritores supieran el origen de ciertas cosas...» (Llaman con campanilla.) ¡El señorito! cuidado con lo que hablas...

## ESCENA II.

DICHOS, luego D. FERNANDO.

LUISA. (Limpiando.) Vámonos, yo acostumbrada á tratar siempre



con gente alegre, no soy para servir á los que vuelven de Filipinas.

FERN. (Que entra con aire serio y preocupado, seguido de Juan. Á Luisa.) ¡Luisa!

LUISA. ¡Señor!

FERN. Vas á quedarte aquí al servicio de una señora que llegará de un momento á otro con su padre. Es una persona distinguida, á quien es menester que sirvas todo lo mejor que sepas y que te sea posible.

LUISA. Descuide usted, que yo sé tratar á cada persona según se merece.

FERN. Si deseas acertar y complacerme, habla muy poco. No tomes parte en ninguna conversacion mas que cuando te pregunten... Procura estar siempre en tu cuarto.

LUISA. ¡Vaya! ¡Vaya! Pues aunque yo fuera una alcarreña reciben venida...

FERN. Ese es cabalmente tu defecto; que hace mucho tiempo que viniste de tu pueblo. ¡Ah! se me olvidaba. No hay necesidad de que la señora á cuyas órdenes vas á ponerte, sepa que has estado en casa antes de mi ida á Filipinas. Tampoco es preciso que hables con tus conocidos de mi regreso...

LUISA. Está muy bien. ¿Tiene usted algun otro encargo que hacerme?

FERN. Que te retires á esperar la llegada de los huéspedes.

LUISA. (Yéndose.) ¡Qué sequedad! Vamos, no lo creería...

FERN. (Á Juan.) Tú, Juan, espera.

### ESCENA III.

JUAN, FERNANDO.

JUAN. ¿Qué se le ocurre á usted, señor?

FERN. Ya sabes el aprecio en que tengo á las personas que van á llegar. Una de ellas será pronto mi esposa; á la otra la miro ya como á un padre querido. Todo el cuidado, todo el esmero que pongas en su servicio serán poco. Sobre todo, mucha reserva en cuanto se refiere á mi vida pasada.

JUAN. Ya comprendo el pensamiento de usted.

FERN. (Sacando un papel.) Dentro de algunos momentos vendrá un escribano. Yo no podré recibirle; dále que con arre-



- glo á esta nota extienda la escritura.
- JUAN. ¿Se quedó usted con la finca?
- FERN. Si, aunque me cuesta cara me he decidido á comprarla, porque reúne todas las condiciones que yo apetezco. Está lejos del pueblo; una alta cerca, por cima de la cual sobresalen los frondosos álamos y nogales del jardín, la rodea y oculta á las miradas de todos. Es un paraiso cercado, donde espero disfrutar largos años la vida sencilla y tranquila que deseo.
- JUAN. (Dios lo quiera...)
- FERN. ¿Por qué dices eso?
- LUISA. (Dentro.) No se puede pasar.
- VIZC. Ya verás como se puede...
- FERN. ¿Quién se atreve?...
- JUAN. (Corriendo á la puerta.) El señor Vizconde de la Aurora.

#### ESCENA IV.

DICHOS, el VIZCONDE.

- VIZC. (Corriendo á estrechar á Fernando con los brazos abiertos.) ¡Fernando de mi vida!
- FERN. (Recibiéndole friamente.) ¿Quién te ha dicho?...
- VIZC. (Como sorprendido.) ¿Pero qué es esto? ¿No me conoces? ¿No das un abrazo siquiera á tu amigo mas leal, al compañero de tus grandes aventuras?
- FERN. (Abrazándole como para disculparse.) Perdóna... no te esperaba... y la sorpresa...
- VIZC. Aprieta bien, que en mí abrazas á tus mejores recuerdos... á tu vida pasada...
- FERN. (Desasiéndose involuntariamente, al oír la última frase.) ¡Á mi vida pasada!... (Con amargura.) ¡Es verdad!...
- VIZC. Pero chico, ¿tú sufres algun pesar?... ¿Te ha sucedido alguna desgracia?...
- FERN. (Procurando serenarse y sonreír.) Ninguna. Jamás me he sentido mas feliz...
- VIZC. Pues nadie lo diría al mirarte... Traes una cara tan seria... tan triste... Esa no es la que te llevaste... ¿Dónde te la has dejado?... Aquella cara transnochada de orgía... insolente y provocadora... que era el terror de los hombres graves y la delicia de tus amigos?...
- FERN. No hablemos de eso.



- VIZC. ¡Que no hablemos!
- FERN. Dime, ¿cómo has sabido mi llegada?...  
VIZC. La anuncia un periódico de la tarde.
- FERN. ¡Un periódico!
- VIZC. Contento me tienes. Haber dado lugar á que un periódico anuncie que estabas aquí antes de que yo te diera un abrazo.
- FERN. Pero es posible que un periódico se ocupe... Esa es una broma...
- VIZC. ¡Broma! Aquí le tienes... (Sacando un periódico.) Y ministerial... Floja es la gacetilla que te dedican... Eso te dará idea de tu importancia. (Fernando mira.) Te llaman escritor distinguido y hablan de la fortuna que has hecho en Filipinas...
- FERN. (Leyendo.) ¿Pero quién ha dado esta noticia... quién?
- VIZC. ¡El gobierno! ¿No ves que es ministerial? Pensarán conferirte algún alto puesto en la administración... Chico, yo que tú, me presentaba diputado... Cuántos otros con menos motivo... Si no te dan un gran empleo te pasas á la oposición...
- FERN. ¿Qué de disparates estás ensartando?
- VIZC. ¡Disparates!... Te digo que mañana mismo reproducirán todos los periódicos la noticia... (Restregándose las manos.) ¡Buena se vá á armar! ¡Ah! ¡la prensa!
- FERN. (Con violencia.) ¿Pero cuál puede ser el origen de esa gacetilla?
- VIZC. No pienses en eso. El gobierno, no lo dudes. Y hablando de otra cosa, supongo que vendrás decidido á comenzar de nuevo tu vida de escándalo y jarana...
- FERN. No lo creas...
- VIZC. (Interrumpiéndole.) Nada, nada; es menester que te desquites en seguida de los seis años de método y de abstinencia que has pasado en Filipinas... ¡Cómo te hemos echado de menos! Es difícil reunir tu gracia y tu osadía para las grandes calayeradas... ¡Mira que las has hecho gordas!...
- FERN. ¡Tienes razón!
- VIZC. ¡Já, já! Y lo dices con sentimiento... Pues ahora es menester que las bagas mayores... Ahora que traes dinero largo... ¡Ah! si supieras cuántas casas de juego nuevas se han establecido... ¡A mí me encuentras, como me dejaste, completamente arruinado... Ya no necesitarás co-



mo antes engañar á los usureros... ¿Te acuerdas de don Cosme? Qué mil duros le sacamos con aquella trapionda urdida por tí. ¡Y qué buen empleo dimos al dinero! Aquella semana entera de crápula aceleró la muerte del pobre Juan! ¡Cómo prometía aquel muchacho!... Llevaba dos carreras perdidas, y tres fortunas disipadas...

FERN. ¡Quieres callar!... (Con disgusto.) No quiero oír hablar de esas cosas... (Con gravedad.) ¿Has concluido de disiparlas?

VIZC. No, si ahora empiezo.

FERN. Pues antes de que continúes voy á hacerte una revelación. Por extraña que te parezca te juro que es verdadera.

VIZC. ¿Una revelación!...

FERN. Yo no soy el mismo que marchó á Filipinas.

VIZC. ¿Pues te pareces mucho.

FERN. No me interrumpas. Aquel Fernando vicioso y calavera que tú conociste ha dejado de existir. Mi carácter y mis costumbres han sufrido un cambio completo. La vida de orden y de trabajo que he llevado en Filipinas me ha regenerado y hecho comprender todo lo repugnante y miserable de esos años malgastados en el vicio y el escándalo. He roto completamente con mi pasado, y aquí me tienes dispuesto á emprender una vida nueva de paz doméstica, una vida seria y sencilla...

VIZC. ¡Já, já!... Magnífica confesion! ¡Lástima que no la hayas hecho en un banquete y rodeado de tus antiguos amigos! Pero, en fin, la repetirás esta noche... Yo encargaré la cena y tú la pagarás.

FERN. ¿Te burlas de mis palabras?

VIZC. ¿Pues no me he de burlar? Tu enmienda es imposible.

FERN. ¿Por qué?

VIZC. Porque es ridícula, absurda, y hasta de mal gusto. Chico, tú no has nacido para neo-católico... Te sienta mal el disfraz.

FERN. Pues te aseguro que mis palabras encierran una resolución irrevocable.

VIZC. Si, una resolución que se disipará delante de unas cuantas botellas. Nadie que ha vivido como tú puede romper con su pasado tan fácilmente.

FERN. ¿Quién puede impedirsete?



VIZC. Sus mismas obras. Los amigos, las mujeres á quienes ha engañado, todos sus antiguos vicios, que le saldrán al paso en tropel obstruyéndole el camino...

FERN. Yo sabré allanarle á fuerza de constancia y de energia.

VIZC. No sabes lo que te dices. Los lazos del vicio son mas fuertes de lo que tú te figuras. Tú no te perteneces... eres enteramente nuestro. ¡Tu enmienda es un escándalo!...

FERN. ¡Un escándalo! ¡Qué manera de discurrir!

VIZC. Fernando, no vuelvas á hablar de esas cosas si no quieres desacreditarte.

FERN. Pues has de saber que quiero que mi descrédito, como tú dices, sea completo, porque estoy dispuesto á casarme...

VIZC. ¡Á casarte! ¡Ya comprendo!... ¡Já, já! No es el trabajo, sino el amor y la perspectiva de un buen dote los que te han regenerado. ¡Ahora me explico tu arrepentimiento!

FERN. Tus sospechas encierran un insulto, y te advierto...

VIZC. No me adviertas nada; entre nosotros no puede haber insultos, sino verdades. ¡Qué diablo de Fernando! Pero, francamente, ¿hablas con sinceridad?

FERN. Te juro por mi honor que estoy dispuesto á atropellar por todo para conseguir mi objeto.

VIZC. Pues yo te juro que no le conseguirás.

FERN. Si mis amigos son el obstáculo, romperé con todos ellos.

VIZC. ¡Qué importa, si ellos no romperán contigo!

FERN. Dentro de algunos dias me habré unido á la mujer á quien amo, y entonces...

VIZC. Yo te aseguro que no te unirás con ella: tu casamiento está ya deshecho.

FERN. ¡Deshecho! (Con ironía.) ¿Por quién, por el Vizconde de la Aurora?

VIZC. (Con gravedad.) No; por Leoncia.

FERN. (Estremeciéndose.) ¡Leoncia!

VIZC. ¡Hola! parece que el nombre solo te produce efecto.

FERN. (Reponiéndose.) Es una mujer á quien desprecio.

VIZC. Una mujer dignísima, de quien debieras hablar con respeto.

FERN. ¿Yo con respeto! ¿Por qué motivo?

VIZC. ¿Los has olvidado? Has hecho bien: la ingratitud es la independencia del corazón.



- FERN. ¿Qué beneficios debo yo á esa mujer?
- VIZC. Uno muy grande. Yo tengo bien presente que cuando llegaste á Madrid, como muchos, sin mas capital que tus ilusiones, esa mujer, que vivia ya en el fausto, correspondió á tu amor á pesar de tu pobreza.
- FERN. Es verdad: adivinó en mí al calavera destinado á meter algun ruido, y quiso adornarse con mi amor como con un nuevo traje.
- VIZC. ¡Qué mal la juzgas! Es una mujer que ama con frenesí.
- FERN. Si, á su lujo, á sus diamantes, á su hermosura...
- VIZC. Te he de volver á ver ciego por ella. ¡Es un ángel!
- FERN. También lo es Lucifer, Vizconde, no podremos nunca entendernos. Ese mismo amor que tú invocas como un título honroso, pesa ahora sobre mi alma como un recuerdo de afrenta.
- VIZC. ¡De afrenta! ¡Es lo que me quedaba que oír! ¡Una mujer que ha sufrido lo que ella durante tu ausencia!
- FERN. ¡Ella sufrir!... Un corazón petrificado por la vanidad y por el egoísmo! Te repito por última vez que todo lo que se refiere á mi pasado me inspira repugnancia.
- VIZC. ¿Es decir que insistes en tu propósito?
- FERN. Y estoy dispuesto á ponerle por obra contra el mundo entero.
- VIZC. ¡Bravo! Pues bien; te advierto también yo, por última vez, que tu pasado, representado en mi persona, te declara desde este momento la guerra. Una guerra á muerte.
- FERN. No la temo. ¡Una guerra capitaneada por tí!
- VIZC. ¿Y quieres saber cuál será nuestra bandera?
- FERN. ¿Cuál?
- VIZC. ¡Leoncia! ¡Ah, cómo nos vamos á divertir!
- FERN. Empezad cuando gustéis. Nada podrá separarme de la senda del arrepentimiento.
- VIZC. ¿Tú estás por los arrepentimientos cómodos? Ea, voy á disponer las primeras guerrillas.
- FERN. (Riendo.) Que empiece el fuego cuando quiera.
- VIZC. Voy á casa de Leoncia. ¡Chico, qué de escándalos te esperan! Gracias á Dios que ha caído algo que hacer.
- FERN. (Con desden.) Adios.



ESCENA V.

FERNANDO, luego JUAN.

FERN. ¿Pero qué es esto? ¿Será verdad lo que ese hombre me anuncia? ¿Habrá quien se crea con derecho á obstruirme el paso en nombre de un amor y de unas amistades? ¡Bah! insolencias del Vizconde. No creo que Leoncia se vuelva á acordar de mí.

JUAN. ... (Con varias tarjetas en la mano.) ¡Jesus, vengo sofocado!

FERN. ¿Qué ocurre?

JUAN. Un tropel de locos, antiguos amigos de usted, que han querido apalearme porque me negaba á pasar estas tarjetas...

FERN. ¿Es posible? (Tomando las tarjetas.) Trae. (Leyendo.) «Luis Alvarez, Quijada, Perez, Infante, Sandoval... ¡Qué veo! hasta Lopez se cree con derecho á venir á mi casa... ¿Y dónde estan?... ¿Se han ido?...»

JUAN. ¡Quiá! no, señor... ahí fuera estan alborotando como una legion de condenados...

FERN. (Furioso.) ¿Y por qué les has abierto la puerta? ¿Qué tengo yo que ver con ellos? ¿No sabes que todos son unos perdidos?...

JUAN. Señor, como todos han sido tan amigos de usted...

FERN. ¡Amigos míos!... ¡La gente mas despreciable de la corte!...

JUAN. Todos fueron á despedir á usted el dia de su marcha. Y malos abrazos que los daba á usted al subir en el coche.

FERN. Pues bien; díles que no puedo, que no quiero recibirlos...

JUAN. Mala comision es... Porque es lo que ellos dicen: ¿pues no te acuerdas de que hemos comido muchas veces juntos?

FERN. Nada de observaciones. Haz lo que te mando...

JUAN. Ya voy; pero se me figura...

FERN. ¿Qué? Pues no faltaba mas sino, que yo tuviera mi casa abierta á todo el mundo...

JUAN. Como antes lo estaba.

FERN. Antes no es ahora. Yo te daré una lista de las únicas personas á quienes puedo recibir...



- JUAN. Y yo la pondré tambien de los que me quieren atropellar...
- FERN. Basta. Sal en seguida...
- JUAN. Milagro será que me obedezcan...
- FERN. Si no sirves para guardar la puerta, pondré en ella?
- JUAN. Dos guardias urbanos, será lo mejor.
- FERN. (Con cólera.) ¡Juan, no me impacientes!... ¡Sal!... al momento!...
- JUAN. Pues antes bien me sufria usted... (Al irse.)

## ESCENA VI.

FERNANDO, luego JUAN.

- FERN. (Desarreglando maquinalmente los libros que hay sobre un velador.) ¡Esto es insoportable!... Está visto que ese botarate de Vizconde tenia razon... ¡Es lo que me faltaba!... ver mi casa invadida á todas horas... ¿Y por qué gentes?... ¡Y en qué momentos!... cuando estan para llegar Matilde y don Manuel... Pero ¿quién les ha dicho?...
- JUAN. ¡Gracias á Dios!...
- FERN. ¡Qué! se fueron!...
- JUAN. Me ha costado un trabajo convencerles de que no vive usted aqui... Lopez, al irse, se ha llevado un cajon de cigarros que habia sobre la mesa del recibimiento.
- FERN. Veo que no ha cambiado de manera de despedirse.

## ESCENA VII.

DICHOS, LUISA, luego D. MANUEL, MATILDE.

- LUISA. (Anunciando.) Los señores á quienes usted espera...
- FERN. (Corriendo á la puerta.) ¡Tan pronto!... No puede ser.
- (D. Manuel y Matilde entran en traje de viaje.)
- MAN. ¡Querido Fernando!... (Abrazándole.)
- FERN. (Estrechando la mano de Matilde.) ¡Matilde!
- MAT. Contenta me tiene usted... No haber salido á recibirnos...
- FERN. Pero quién habia de pensar que llegasen ustedes á esta hora...



- MAT. Dos horas antes de lo ordinario.
- MAN. No tienes razon... Nosotros le escribimos que llegaríamos en el tren de las siete, y son las cinco.
- MAT. Él ha debido adivinarlo...
- FERN. ¿Pero qué causa les ha hecho á ustedes anticipar...
- MAN. Ninguna. Hemos llegado á Albacete muy pronto, y hemos salido en el tren que salia en aquel momento. La idea fué de esta.
- FERN. Idea que celebro, porque me permite...
- MAT. (Interrumpiéndole.) Si, si; quedamos enterados. Ha tenido usted buena eleccion para la casa...
- FERN. ¿Le gusta á usted?
- MAT. Lo que he visto me agrada sobremanera. Necesito recorrerla toda.
- MAN. No seas tan impaciente.
- MAT. Qué mal arreglada estará. ¿Esta muchacha que nos ha recibido, es la doncella de que usted me habló?
- FERN. Si... no conocia otra. ¿Qué le parece á usted?...
- MAT. Así... así. Mira con un descaro...
- FERN. Mañana mismo buscaremos...
- MAN. ¿Y está muy lejos la fonda donde usted para?
- FERN. Un poco... La que he encontrado mas cerca.
- MAT. ¿Comeremos juntos todos los dias? (Á D. Manuel.)
- MAN. Se supone... Pocos serán los momentos que estemos separados.
- FERN. (Presentando á Matilde un cuadro, que toma de encima del velador.) ¿Le gusta á usted este paisaje?
- MAT. Es muy lindo... ¡Qué árboles tan hermosos!... El edificio que sobresale por cima de la cerca, ¿es una casa de campo?
- FERN. Donde pasaremos una larga temporada despues del venturoso día... en que se celebre nuestro enlace.
- MAT. ¿La ha arrendado usted?
- FERN. La he comprado.
- MAT. Cuánto me alegro... ¡Oh! cómo voy á correr por el jardín... Habrá estanque con peces de colores... Yo quiero que haya muchos pájaros... muchos.
- MAN. (Mirando.) ¡Soberbia posesion!... ¿Y la casa es muy capaz?...
- FERN. Bastante grande. Tiene dos pisos.
- MAN. Cuánto me agrada esa circunstancia...
- FERN. ¿Por qué?



- MAN. Ya se lo diré á usted luego.
- MAT. ¿Usted ha visto ya la finca?
- FERN. Si... antes de comprarla he creído conveniente...
- MAT. ¿Y cómo está el jardín de flores?
- FERN. Está muy bien cuidado. Tiene estufa...
- MAT. ¿Hay madreselvas?
- FERN. Muchas. Llevaremos toda clase de simientes.
- MAT. Los pájaros, las flores y los peces son mis amigos de la infancia. En medio de ellos no me acordaré de nada.
- FERN. Voy á ver la casa...
- FERN. Esta noche vendrá una modista con todos los figurines y telas... de moda.
- MAT. Bueno. Le advierto á usted que papá en Albacete se acordó de un pariente lejano que tenemos aquí muy enterado en las modas de los círculos elegantes... y le ha escrito avisándole nuestra llegada.
- MAN. Un calavera que no sirve mas que para eso... Siempre rodando de baile en baile.
- MAT. No crea usted, que es todo un vizconde.
- FERN. ¡Un... vizconde!...
- MAT. Con un título tan pomposo... Se llama el Vizconde de la Aurora...
- FERN. (Estremeciéndose.) ¡Ah! ¡Ese joven!...
- MAT. ¿Qué! ¿le conoce usted?...
- FERN. (Turbado.) Si... ligeramente... Sin embargo, yo creo que no habia necesidad...
- MAN. Si, nos servirá de entretenimiento. Nos contará todos los chismes de la corte.
- FERN. ¿Pero no sabrá las señas de esta casa?
- MAN. Le escribí esta mañana y se las puse tambien... En cuanto reciba la carta le tendrá usted aquí.
- MAT. Voy á componerme un poco antes que venga ese consultor de modistas.
- MAN. Si; déjanos solos, que tengo que hablar con Fernando...
- MAT. (Á Fernando.) Hasta luego... Que no quiero que esté usted pensativo... (Al salir se vuelve para saludarle.)
- FERN. (Contemplándola.) ¡Qué inocente!... Si ella supiera...

## ESCENA VII.

MANUEL, FERNANDO.

- MAN. (Acercando dos sillones.) Mi querido Fernando, tengo que



hablar á usted de un asunto muy grave...

FERN. (Como saliendo de una distraccion profunda.) Decia usted...

MAN. Que tome usted asiento... usted conoce toda la historia de mi vida; pero hay una página posterior á mi salida de Filipinas que usted ignora...

FERN. ¡Una página!...

MAN. Si; á medida que se acerca el dia en que he de dar á usted el nombre de hijo, los momentos se hacen cada vez mas solemnes y no debe haber secretos entre nosotros.

FERN. Comprendo tan noble conducta: la franqueza y la lealtad le son á usted tan habituales...

MAN. Eso si, yo tendré muchos defectos como todo hombre; pero á franco y leal ninguno me gana... en medio de los mares, donde yo he pasado mi vida, no se conocen el disimulo y la inconsecuencia cortesanias... amistades y odios son allí rudos y salvajes; pero eternos... «Odiar hasta el exterminio de mi enemigo... querer hasta sacrificar mi vida;» yo no he sabido hacer nunca otra cosa... cuando usted llegó pobre y desesperado á Filipinas le tendí mi mano de amigo... Desde entonces...

FERN. Es verdad; desde entonces todo se lo debo á usted... fortuna, felicidad...

MAN. No es eso lo que he querido decir; sino que desde entonces... no he visto en usted mas que al hombre que tenia derecho á exigirle todo de mí...

FERN. Por eso un dia cuando ya me encontraba rico, merced á la proteccion de usted... orgulloso con mi suerte y confiado en su cariño... me atreví á pedirle á usted la mano de su hija...

MAN. Y aquel dia conocí cuán profunda era la estima en que le tenia á usted... Desde que estreché por primera vez en mis brazos á ese ángel... la idea del hombre con quien habia de casarla me ha preocupado continuamente... Cuando yo la veia crecer y desarrollarse pura y hermosa como una flor... me preguntaba á mí mismo; ¿dónde está el hombre que me responda de la felicidad de mi hija cuando caiga sobre mí la losa del sepulcro?... ha sido preciso que le encuentre á usted en mi camino para que me decida á entregarle mi tesoro... la mitad de mi alma.

FERN. La amistad que usted me profesa es la que le hace juzgarme digno... Quién sabe si usted se equivoca...



MAN. No; yo creo tener de usted una idea exacta. Me figuro que los años que la mayor parte de los jóvenes malgastan en la disipacion, los ha empleado usted en el estudio de la sociedad... y hoy aunque joven es usted un hombre maduro por el conocimiento del vicio...

FERN. (Con amargura.) ¡Por el conocimiento del vicio!...

MAN. Algunas veces cuando le veo á usted tan sombrío... digo: ¿Si habrá algun secreto en la existencia de este hombre?....

FERN. ¡Un secreto!...

MAN. Sospechas exageradas. ¡Qué diablos! ya me le hubiera usted revelado. ¿No voy yo á abrirle á usted mi corazon en este momento?...

FERN. Crea usted que si yo guardara oculto...

MAN. Nada, ya lo supongo. Pues dígame usted. Tres años tenía mi hija cuando la muerte me arrebató á mi esposa... No se muere de dolor, amigo mio, cuando yo no la seguí á la tumba... Algun tiempo despues volví á entregarme á mi vida de navegante, buscando en la fiebre de las mas atrevidas especulaciones un entretenimiento á mi agitado corazon... La fortuna se empeñó en coronar todas mis empresas... Andando los años conocí á usted en Filipinas... Convínimos en que yo le precedería á usted en el viaje de regreso, y el dia que pisé las playas de Cádiz con el placer de quien ha vivido algunos años lejos de la patria, tuve un encuentro extraño...

FERN. Algun amigo á quien usted creia muerto...

MAN. No; un encuentro mas singular... Llegamos á la caida de la tarde; en el puerto se hallaba, en el momento del desembarco, una mujer de altivo continente, sola y pensativa, entregada al parecer á sombrías meditaciones. Fijé mis ojos en la triste fisonomía de aquella mujer, y recordé rápidamente que la habia visto otra vez en alguna parte...

FERN. ¿Y era en efecto alguna antigua conocida?

MAN. Ya verá usted. Al dia siguiente volvimos á encontrarnos, y fijándome en ella con mas atencion recordé perfectamente que su retrato era lo que yo habia visto muchas veces y lo que conservaba en mi poder...

FERN. ¡Su retrato! Suceso mas raro...

MAN. No, muy natural. Su marido, compañero mio en uno

:



- de mis viajes, me le dejó al morir á bordo de mi buque... hace diez años.
- FERN. (¡Qué sospecha!) ¿Y ese retrato?...
- MAN. Con este respeto que yo profeso á la amistad, me presenté en su casa y la entregué el sagrado depósito...
- FERN. Pero hasta ahora no hallo nada...
- MAN. No sea usted impaciente... ¡Ah, amigo! yo pensaba que mi corazón se hallaba completamente muerto... ¡Catorce años de mar!... Pero ¿querrá usted creer que cultivando el trato de esa mujer encantadora me enamoré de ella como un loco?...
- FERN. (Levantándose.) ¡Cielos! ¡si fuese ella!...) ¿Y pasada la primera impresion se desengañó usted?...
- MAN. No; si hoy la amo con mas vehemencia que nunca... Es un amor extraño... un amor que fatiga... tan distinto del que yo sentia por...
- FERN. ¿Y ella le corresponde á usted?...
- MAN. Ella es una mujer incomprensible... misteriosa... Yo creo que algun pesar profundo...
- FERN. (Con agitacion.) ¿Pero usted no sabe?...
- MAN. Yo sé que la he pedido su mano y que no me ha contestado todavia...
- FERN. ¡Su mano!...
- MAN. ¿Qué le asombra á usted?... Y como ella pudiera acceder á mi súplica, he querido que usted sepa... antes...
- FERN. (¡Imposible! No puede ser... Salgamos de dudas...) ¿Y esa mujer se llama?...
- MAN. Leoncia.
- FERN. (Con espanto.) ¡Leon...cia!
- MAN. ¡Qué! ¿la conoce usted?... Lo celebro en el alma.
- FERN. No... un poco... ligeramente... (Confuso y desconcertado.)
- MAN. ¡Es una mujer!... Ahora me dirá usted todo lo que sepa de ella... ¿Comprende usted ya por qué me alegraba de que la quinta tuviera dos pisos?... ¡Qué felices vamos á ser!
- FERN. Yo creo que antes de que usted se resuelva...
- MAN. (Al ver á Matilde, que aparece en el fondo.) ¡Silencio!... ¡Mi hija!... No sigamos hablando delante de ella...
- FERN. (¡Yo me ahogo!...)



ESCENA IX.

DICHOS, MATILDE, con distinto traje.

MAT. Me he mudado de traje... no sea que le dé gana de venir á ese tonto de Vizconde... Debe ser lo mas repa-  
ron...

FERN. ¿Pero tan pronto ha de venir?

MAN. Es el hombre mas desocupado del mundo... Le conoci-  
mos tambien en Cádiz... Visitaba mucho á Leoncia...  
Habla por los codos, y hablando resultamos parientes...

JUAN. (Que entra con una carta en una bandeja.) Esta carta han trai-  
do para el señor.

MAN. (Tomándola. Á Fernando.) Con permiso de usted... Conoz-  
co la letra... (Lee para sí.)

FERN. (Á Matilde.) No creo conveniente que reciba usted al Viz-  
conde.

MAT. ¿Por qué? ¡Celoso!...

MAN. Es de Leoncia.

FERN. (¡Otra vez!...)

MAN. (Á Matilde.) Me dice que acaba de saber nuestra llegada  
y que se está preparando para venir á darte un abra-  
zo...

FERN. (¡Qué oigo!) ¿Usted la conoce tambien? (Á Matilde.)

MAT. Si me quiere mucho... Es una mujer tan amable... Có-  
mo le vá á gustar á usted.

MAN. ¡Si es tambien amigo suyo!... ¿Y por quién habrá sa-  
bido?...

MAT. Por el Vizconde sin duda...

MAN. Dices bien... Ese hombre es una gacetilla.

MAT. Deseo ya que venga Leoncia... Me acompañará á todas  
partes...

LUISA. (Entrando.) El señor Vizconde de la Aurora... espera...

FERN. (¡El Vizconde!) (Con terror.)

MAT. ¡Ah! que pase á la sala... Á ese hombre es menester re-  
cibirle con mucha etiqueta.

MAN. Es verdad... (Á Fernando, que está como abismado.) Venga  
usted á ver qué historia nos tiene preparada el Viz-  
conde.

FERN. (Rehusando.) Yo tengo que hacer...

MAN. Un momento nada mas...



FERN. (Reflexionando.) (Si no voy, acaso...) (Alto.) Bien, iré con ustedes.

JUAN. (Bajo, acercándose á D. Fernando.) Pero, señor, ¿qué enredo es este?

FERN. (Con voz ronca.) ¡Es mi vida pasada que se levanta contra mí!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



## ACTO SEGUNDO.

Gabinete suntuosamente amueblado. A la derecha un piano, en el centro un velador sobre el cual se ven varios libros, una caja de pistolas y algunos periódicos. Las paredes vestidas de seda, los muebles dorados. Dos puertas laterales y una en el fondo cubierta por un tapiz magnífico. Sobre la chimenea un reloj.

### ESCENA PRIMERA.

LEONCIA, EUGENIA.

Al alzarse el telón, Leoncia, aparece contemplando su prendido delante de un espejo de cuerpo entero: Eugenia le arregla los pliegues del traje.

EUG. No me gusta este traje...

LEON. ¿Por qué?

EUG. Por su color oscuro... sombrío... Es un color que está tan cerca del luto...

LEON. Por eso le he elegido... Sabes qué me gusta vestirme del color de mis pensamientos. (Se aparta del espejo.)

EUG. ¿Y hoy son?

LEON. Muy tristes... No me arregles mas.

EUG. Una flor le diría á usted muy bien...

LEON. ¡Una flor!... ¡Qué recuerdo!... ¿Has olvidado que desde cierto día su vista sola me hace daño?

EUG. Es verdad... no me acordaba...

LEON. Escucha para que des mis órdenes á Francisco... Den-



tro de algunos minutos vendrá el Vizconde de la Aurora...

EUG. ¿Se le dice?...

LEON. Que pase en seguida... Despues vendrán probablemente don Manuel y su hija... Que no los detenga ni un segundo...

EUG. Está bien.

LEON. (Mirando al reloj que hay sobre la chimenea.) Á las once... ténlo bien presente... Á las once en punto se presentará Fernando...

EUG. ¡Don Fernando! ¿Ha escrito á usted?...

LEON. Que vendrá.

EUG. ¿Pero no me ha dicho usted que ayer no pudo verle?

LEON. Si, se marchó antes de que yo llegara á casa de don Manuel... Hizo bien, su presencia me hubiese desconcertado... Hoy estoy mas serena, y sin embargo...

EUG. ¿Pero él deseará ver á usted cuando?...

LEON. ¡No hablemos de eso! Anhelo y temo que llegue el momento... En fin, fuera de las personas que te he indicado no recibo á nadie... ¿Lo entiendes? á nadie... ¡Ah! cuando llegue Fernando, si el Vizconde ó Matilde estan aqui...

EUG. Ya comprendo... ¿Quiere usted recibirle á solas?... Se lo advertiré á usted reservadamente.

LEON. Eso es. ¡Qué lucha me espera!... ¡No quiero pensar!... Déjame... (Á Eugenia, que se ha quedado inmóvil y pensativa.) ¿Qué esperas?...

EUG. (Haciendo ademán de irse.) (Vamos, no me atrevo á decirselo.) (Volviéndose de nuevo.) Queria...

LEON. ¿Qué? Habla...

EUG. Como la he conocido á usted desde niña... Me acuerdo, como si fuera hoy, del dia en que entré á servir en casa de su madre de usted. ¡Pobre señora!

LEON. ¡No comprendo! ¿A qué vienen esos recuerdos?

EUG. Digo esto, porque como la quiero á usted tanto... como no me he separado de usted nunca... cualquier cosa que pueda incomodarla... me cuesta tanto trabajo decirsela...

LEON. ¿Qué es? ¡Pronto!

EUG. Si usted supiera lo que yo he llorado desde esta mañana...

LEON. (Con impaciencia.) ¿Pero no ves que me estás mortificando?



- Acaba de una vez...
- EUG. Ha estado aquí el escribano...
- LEON. (Con interés.) Bien. ¿Y qué hay del pleito?
- EUG. Hoy es la publicacion de la sentencia.
- LEON. (Con inquietud.) ¿El escribano la sabe ya? ¿Cuál es?
- EUG. Declaran que no hallándose probado el casamiento de usted con don Jorge...
- LEON. ¡De veras! ¿Estás segura?... ¿Has oído bien?... ¡Imposible! tú te has equivocado.
- EUG. ¡Ojalá! Aquí tiene usted la nota.
- LEON. ¡Trae! (Leyendo rápidamente.) ¡Ah!... (Con desesperacion.)
- EUG. ¡Esto mas!...
- EUG. ¡Por Dios, no se aflija usted!
- LEON. ¡Que no me aflija! Tú ignoras los resultados de esta sentencia... Todos los bienes que yo consideraba ya como míos, pasarán á esos iníquos parientes... Y las personas que me han prestado grandes sumas á cuenta de esa herencia, que todo el mundo miraba como legítima, ¿qué harán ahora?
- EUG. El escribano que está enterado de todo, me habló también de eso.
- LEON. ¿Y te diría?...
- EUG. Qué eso es lo mas grave. En cuanto lo sepan, vendrán á pedir el pago de sus créditos...
- LEON. ¡Y como no tengo con que pagarles!
- EUG. Embargarán todo cuanto hay en la casa.
- LEON. ¡Ah! no me lo digas... Verme yo despojada de estas alfombras, de estos muebles... del lujo que me rodea por todas partes... yo, acostumbrada á vivir en la opulencia... abandonar esta casa... despedir á los criados... ¡yo! para quien el lujo es el aire... la luz... la atmósfera que respiro... ¡imposible!... eso no puede ser... no será... ¡nunca! ¡nunca!
- EUG. Tranquílcese usted. La desesperacion es inútil... pensemos en los medios...
- LEON. ¡Los medios!... Pero esa sentencia es absurda... De los documentos presentados por mí, resulta...
- EUG. Los documentos han sido reconocidos como falsos.
- LEON. ¡Falsos! ¿Pero esa declaracion podrá hacerme mucho daño? Sospecharán que han sido falsificados por mi orden... Eso dará lugar á una causa... ¡Ah! si fuera tiempo todavía de destruir...



EUG. Usted lo entenderá mejor que yo, pero-despues de la sentencia...

LEON. ¡Tienes razon! Ya es tarde... Y en qué circunstancias recibo este golpe!... Cuando el único hombre que ha satisfecho mi vanidad... trata de casarse con otra, cuando entre él y yo, vá á comenzar una lucha cruel... horrible...

EUG. Quién sabe, si la presencia de usted, despertará en su corazon...

LEON. ¡No lo espero! ¡Ah! siento una confusion de ideas... un trastorno... Si esa sentencia se divulga... se divulgará con ella... ¡Yo! á quien creen las gentes una mujer valerosa... terrible... estoy asustada... tengo miedo... ¡Si estoy temblando!

EUG. La idea de ese hombre... Usted le ama.

LEON. ¡Yo amarle! ¡Pobre Eugenia! Tú que me has criado... que no te has separado nunca de mí, no conoces todavía la única debilidad de mi corazon... de este corazon que yo creia de roca... Mira: hay una idea lúgubre y siniestra que de vez en cuando me asalta en medio de mi vida de fausto y de falsa alegría... una idea que envenena mi existencia. Una idea ante la cual esta mujer altiva... imperiosa, que ama el peligro y le desafia, se amilana y se confunde... ¡Esa idea sabes cuál es?...

EUG. (Con sobresalto.) ¡Cuál, señora?

LEON. (Con terror.) ¡La de la pobreza, la de la miseria!

EUG. (Acariciándola.) ¡No piense usted en esa quimera, que está lejos, muy lejos!

LEON. (Como hablando consigo misma.) ¡Yo volver á verme como cuando murió mi madre!... ¡Con un vestido roto de percal!... ¡Jamás! (Con feroz energia.) ¡Antes todo... la muerte!

EUG. ¡Jesus!

UN CRIADO. (Con librea, anunciando.) El señor Vizconde pide permiso...

LEON. ¡El Vizconde!

EUG. La señora no puede...

LEON. Si, que pase. (Sacudiendo su cabeza y serenándose repentinamente.) ¡Qué ibas á hacer? ¡Que no sospeche nada! Es preciso estar mas alegre que nunca, mas serena. Vamos á representar mi comedia delante del mundo. El dia que adivinaran siquiera... no pisaria nadie esos um-



brales. (Al ver entrar al Vizconde se dirige al espejo con coquetería.)

## ESCENA II.

LEONCIA, el VIZCONDE.

- VIZC. ¡Leoncia!... ¿Llego en hora oportuna?
- LEON. (Con fingida alegría.) Como siempre... muy oportuna.
- VIZC. Muchas cosas tengo que decir á usted; pero antes de entrar en materia permítame usted que consagre algunas palabras á la atmósfera de elegancia y de lujo que se respira en esta casa.
- LEON. ¡Qué lisonjero!
- VIZC. Pocas veces se ven juntos como aquí el buen gusto y la riqueza.
- LEON. (Con ironía.) ¡La riqueza!
- VIZC. Y lo que me encanta sobre todo es la exactitud, la verdad con que en la elección de ciertos muebles se refleja su carácter de usted, ese gran carácter que tanto la levanta sobre las demas mujeres. (Reparando en el velador.) Este velador es casi una fotografía.
- LEON. ¡Qué grandes frases gasta usted siempre!
- VIZC. Cuando no puedo gastar otra cosa... gasto mis grandes frases. Aquí veo libros... Adivino los autores... (Abriéndolos.) ¿No lo dije? *Valentina*, de Jorge Sand... *Dálila*...
- LEON. Mi drama favorito.
- VIZC. Balzac... *La piel de Zapa*, Dumas... ¿También es usted amiga de Dumas?
- LEON. Del hijo.
- VIZC. ¿Del autor de la *Dama de las Camelias*?...
- LEON. Deje usted en paz á mis buenos amigos.
- VIZC. ¡Periódicos! ¿Es usted ministerial?
- LEON. No, yo soy siempre de la oposición.
- VIZC. Hasta en política... ¡Qué buen gusto! Leoncia, perdone usted mi indiscreción en revolver... pero todos estos objetos, que no se encuentran en el gabinete de ninguna mujer, son los rasgos que la hacen á usted especialísima.
- LEON. ¿Qué mujer no entretiene sus horas leyendo?
- VIZC. Si; pero no los autores que usted elige. (Reparando en la caja de pistolas.) ¡Qué veo!... ¿Me perdonará usted una



- imprudencia que no puedo menos de cometer?
- LEON. ¿Qué imprudencia tan necesaria es esa?
- VIZC. ¿Esta caja es de pistolas? (Señalando á la caja.)
- LEON. Si, pistolas de sala con que me entretengo muchas veces.
- VIZC. ¡Bravo! Es un rasgo capital, maestro; y estoy seguro que hará usted unos blancos.
- LEON. Tiro mejor con bala.
- VIZC. Es lo que yo dije el otro día cuando la vi á usted romper el látigo en la cabeza de su caballo y obligarle á saltar una zanja, delante de la cual se habian detenido tantos ginetes.
- LEON. ¿Qué dijo usted?
- VIZC. ¡Esa es la mujer del porvenir, la mujer de la civilización y de los caminos de hierro!
- LEON. ¡Qué disparates!
- VIZC. ¡Ah, está usted haciendo un gran servicio á nuestras costumbres! Está usted aclimatando en esta atrasada tierra de los garbanzos, un tipo que ¡oh vergüenza! nos es todavía desconocido.
- LEON. Vizconde, ahorremos frases inútiles, y hablemos de nuestro asunto.
- VIZC. Una palabra todavía. Me he permitido advertir en la contaduría del Teatro Real que usted renueva el abono de su palco.
- LEON. (¡Qué imprudencia!) (Con ironía.) ¡Ah, se lo agradezco á usted en el alma! ¿El precio será lo mismo, diez mil reales?
- VIZC. Lo mismo. También he ajustado para usted el tronco de caballos que vimos el otro día.
- MEON. ¿También? ¿Y ha cerrado usted el ajuste?
- VIZC. Si: un poco caros le cuestan á usted. ¿Creo que he hecho bien?
- LEON. (Con sarcasmo.) Perfectamente. ¿Importarán mil duros?
- VIZC. No; veinticuatro mil reales.
- LEON. ¡Cuánto me alegro! ¿Y no ha comprado usted á mi nombre ninguna otra cosa?
- VIZC. Ninguna; pero si se presentase alguna otra en que supiera que adivinaba sus pensamientos...
- LEON. Gracias, muchas gracias. ¿Ha visto usted á Lopez?
- VIZC. Vengo de su casa.
- LEON. ¿Consiente en entregar los papeles?



- VIZC. ¿No ha de consentir, si Fernando ha cometido con él una infamia?
- LEON. Antes de que usted me la cuente, porque su manía de usted son las narraciones, necesito saber cuándo estarán en mi poder.
- VIZC. Lo están ya. (Sacando un legajo.) Aquí los tiene usted.
- LEON. (Tomándolos con ansiedad.) ¿De veras? (Hojeándolos.) ¡Si, estos son! (Con feroz alegría.) ¡Ah, qué arma ha caído entre mis manos!
- VIZC. Cuidado, Leoncia, con el uso que usted hace de ellos. Por mas que sea hoy enemigo de Fernando, le he querido mucho y le quiero todavía...
- LEON. ¡Yo le amo! Por eso necesito por todos los medios romper su casamiento. Me asiste en esta lucha el derecho, y combaten conmigo mi orgullo y mi ambición.
- VIZC. En esa lucha me tendrá usted siempre á su lado. En su carta me decia usted que Fernando le ha escrito: ¿y qué dice?
- LEON. Que vendrá á las once.
- VIZC. Y en esa carta se trasluce?...
- LEON. Nada. Antes de separarnos cuénteme usted la infamia...
- VIZC. Figúrese usted que hace dos días que la honra de Lopez se halla en grave peligro...
- LEON. ¡La honra de Lopez!
- VIZC. ¿Qué le sorprende á usted?...
- LEON. Nada; que yo no habia sospechado nunca en Lopez esa cualidad de que usted me habla...
- VIZC. Es una honra á su manera. La honra de entrar y salir por las mallas del Código Penal sin enredarse en ellas.
- LEON. ¡Ya! ¿y hace dos días que se ha enredado?
- VIZC. Precisamente. Por una calaverada un poco gorda... han dictado contra él un auto de prision.
- LEON. ¿Debe de ser muy gorda la calaverada?...
- VIZC. Asi, asi. Descontó unas letras que él tenia por buenas y luego... han resultado falsas.
- LEON. Y Lopez es hoy víctima de su buena fé... de su inocencia.
- VIZC. No; de la infamia que Fernando ha cometido con él. El comerciante exigia el pago de sus letras solamente... Lopez, escribió á Fernando pidiéndole mil duros... Fernando se los ha negado, y el comerciante ha acudido á los tribunales.



LEON. ¡Oh! ¡Por mil duros! ¡Se ha hecho miserable!... ¡Qué transformación!...

VIZC. ¿Con qué el plan de usted es?...

LEON. No puedo revelarle.

VIZC. Respeto su silencio; pero usted no sabe la ansiedad que la situación de usted ha producido en nuestros amigos. Todos están interesados en la lucha, y es menester que usted triunfe.

LEON. ¿Que yo triunfe?

VIZC. A toda costa. No se habla en todas partes de otra cosa. Y á fé que este gran suceso nos ha venido á tiempo, porque no teníamos nada con que entretenernos. ¿Querrá usted creer que hemos pasado dos días enteros sin tener de qué murmurar?

LEON. ¿Dos días nada menos!

VIZC. Los procesos escandalosos van concluyendo; hace tiempo que no se cometen grandes crímenes; y para que todo se conjure contra nosotros, hasta las últimas comedias han tenido buen éxito.

LEON. De modo que si las gentes dan en ser honradas...

VIZC. Nos quedaremos sin ocupación una porción de personas.

LEON. ¡Ah! Vizconde, ¿es usted representante...

VIZC. Sí, señora, del escándalo. Todos los vicios me han elegido su diputado por unanimidad. (Con el sombrero en la mano.) Considérelo usted bien, Leoncía: usted no puede entrar en la lucha más que para triunfar.

LEON. (Con altanería.) Triunfaré, Vizconde.

VIZC. Dentro de una hora volveré á saber el resultado de la entrevista...

LEON. (Alargándole la mano.) ¿Alianza eterna?...

VIZC. ¡Eterna!

LEON. Hasta luego.

### ESCENA III.

LEONCÍA, luego EUGENIA.

LEON. (Mirando al reloj.) ¡Ah! ¡la hora se acerca! Ese hombre es mi única esperanza! Necesito emplear con él todos los recursos de mi astucia... el amor... el miedo... ¡todo!... ¡todo!... La empresa es difícil... Seis años sin verle... sin recibir una carta suya... y cuando vuelve se pre-



senta al lado de otra mujer... á quien sin duda ama... á quien desea dar el nombre de esposa!... y yo habré de consentir en silencio... ¡Imposible!

EUG.

LEON.

Esta carta acaban de traer de casa de don Manuel. Trae. (Leyendo.) «Mi querida Leoncia: he resuelto que dentro de tres dias se verifique el casamiento de mi hija con Fernando.» (Suspendiendo la lectura.) ¡Dentro de tres dias! (Continuando.) «Repito á usted la súplica que tantas veces le he hecho. ¿Podré atreverme á esperar que mi dicha sea tan completa que el mismo dia en que Matilde se una á Fernando, logre yo dar á usted el nombre de esposa?» ¡Insensato! ¡Yo dar mi mano... y el mismo dia!... (Con risa sarcástica.) ¡El espectáculo seria magnifico! (Volviendo á leer.) «Yo mismo pasaré á saber la respuesta. Entre tanto mi hija irá á ver á usted para consultarla en la eleccion de los trajes.» Es verdad; ¡yo misma elegiré las telas, las flores, los encajes con que parezca mas hermosa á su amante... ¡Fernando!... (Á Eugenia con acento fiero.) ¿Has oido?

EUG.

LEON.

EUG.

LEON.

EUG.

LEON.

UN LACAYO.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

## ESCENA IV.

LEONCIA, MATILDE.

LEON.

MAT.

LEON.

MAR.

LEON.

MAR.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

LEON.

(Abrazando y besando á Matilde.) ¡Hija mia! la esperaba á usted con impaciencia.

Yo tambien deseaba ver á usted. Papá me ha dejado á la puerta...

¿Y por qué no ha subido?

Me ha dicho que vendrá luego. Es amigo de uno de los ministros y ha ido á hablarle en favor de Fernando.

(¡Con qué acento pronuncia su nombre!) ¿Pues qué so-



- MAT. Un puesto diplomático.
- LEON. ¿Desea viajar?
- MAT. No le gusta Madrid.
- LEON. Lo creo. ¿Con qué dentro de tres días sonará para usted la hora deseada? (Acariciándola mucho.)
- MAT. (Con pudor.) ¿Quién se lo ha dicho á usted?
- LEON. Su papá de usted me lo ha escrito. ¿Y ama usted mucho á Fernando?
- MAT. Á usted no tengo inconveniente en decírselo... ¡Le amo con toda mi alma!
- LEON. (¡Ah!) (Reponiéndose.) ¡De veras! Es extraño que le ame usted con tanta pasión... Esa vehemencia no es natural... Recien salida del colegio... le ha tratado usted tan poco...
- MAT. No; si le conocí en Filipinas...
- LEON. ¡Ya! es un amor antiguo...
- MAT. Muy antiguo, porque Fernando es el hombre que yo me imaginaba en mis sueños... antes de conocerle.
- LEON. (¡Insensata!) ¡Hola! De modo que si de repente, como sucede algunas veces en el mundo, se presentase un obstáculo grande, insuperable, que impidiera por mucho tiempo su enlace de usted con Fernando...
- MAT. ¡Un obstáculo!... ¿Y quién había de oponerse?
- LEON. Es una suposición para saber ¿qué haría usted si Fernando no pudiera casarse?
- MAT. ¡Amarle toda mi vida!
- LEON. ¡Bien! Eso se llama amar. Pero ¿y si su papá de usted se hubiese opuesto desde el primer día?...
- MAT. No le hubiera obedecido.
- LEON. (¡Qué resolución!)
- MAT. ¿Ha amado usted alguna vez mucho... mucho... á algun hombre tan noble... tan digno como Fernando?
- LEON. ¡Qué pregunta tan extraña!
- MAT. Contesté usted. (Con inocencia.)
- LEON. Si que le he amado.
- MAT. Pues entonces comprenderá usted mi amor.
- LEON. Y usted, que con tanta ceguedad quiere á Fernando... está usted segura... pero muy segura de su amor?
- MAT. Vaya si lo estoy. Muy segura.
- LEON. Sus palabras lisonjeras le han hecho á usted creer...
- MAT. No sus palabras, sino mi corazón... que no puede en-



ganarme.

LEON. Yo creo que la quiere á usted... pero como puede ya querer Fernando... friamente... por cálculo...

MAT. (Con indignacion.) Por cálculo... ¡Él que es el desinteresado mismo... ¡Ah! no le conoce usted... no le ha tratado...

LEON. ¡Que no le conozco!... Fernando ha vivido muchos años en Madrid... ha malgastado su juventud... su corazón está ya muerto para un amor ideal como el que usted siente; y si algo puede conmoverle es el recuerdo de alguna mujer... á quien él ha amado con la pasión... con la inocencia con que usted le ama...

MAT. Esta mañana hemos hablado de eso...

LEON. (Con gran interés.) ¿De veras? ¿Y él le ha confesado á usted?...

Dígame usted... pronto... porque yo me intereso por usted mucho...

MAT. Ya sabe usted que él está siempre triste y pensativo... Esta mañana entró en casa tan sombrío... tan preocupado... Yo comprendí que quería decirme algo... y empecé á hablarle con mucho cariño... «Muchas veces me ha preguntado usted, me dijo de repente, la causa de esta melancolía que de vez en cuando me domina... y voy á decírsela...»

LEON. (Con ansiedad.) ¿Y cuál es? Una mujer sin duda... á quien él ha amado locamente.

MAT. Si; una mujer á quien él ha amado...

LEON. (Con inmensa alegría.) ¿Eso confiesa?

MAT. Pero á quien hoy detesta.

LEON. Pero eso no lo dijo él... (Con espanto.)

MAT. Son sus palabras... «Á quien hoy detesto... á quien hoy miro como mi castigo.»

LEON. ¿Como su castigo!

MAT. Como el castigo de esos años que usted dice que ha malgastado... La idea de esa mujer, que es muy mala... muy vengativa... es la que le preocupa tanto.

LEON. ¡Ah! ¡qué oigo! El miedo es el lazo... ¿Y si usted se encontrase un día frente á frente de esa mujer, tendría usted también miedo?

MAT. (Con candor.) No: siendo el corazón de Fernando mío... ¿qué me importan los odios de esa mujer?...

LEON. ¡Qué audacia! También ha sido suyo, y volverá á serlo. (Con vehemencia.)



MAT. ¡Dios mío! ¿pero usted la conoce?

LEON. (Riendo.) No... la he visto... Vamos, no sé lo que le dicho. La he asustado á usted, ¿verdad?

MAT. No, sino que pensé que se interesaba usted por ella.

LEON. ¡Pobre mujer! ¡Yo la compadezco!

LEON. (Con ademán de cólera, pero conteniéndose.) ¡Ah, qué iba á hacer!

## ESCENA V.

DICHAS, EUGENIA.

EUC. (Bajo á Leoncia.) Ahí fuera está. ¿Qué le digo?

LEON. ¡Él! ¡Fernando!... Cuando yo saque de aquí á esta niña, que pase. (Eugenia sale. Alto á Matilde.) Tengo que recibir á solas en este momento á una persona desgraciada que no quiere que la vean. Ruego á usted que me dé su permiso por dos minutos.

MAT. Vaya usted. Yo me entretendré... Ahora que recuerdo, ¿no tiene usted jardín?

LEON. Si, muy pequeño.

MAT. Pues voy á verle. Las flores son mi delicia. ¿No le gustan á usted?

LEON. No. Vamos, por aquí. (La conduce por la puerta de la derecha.) Si usted supiera cuánto siento...

## ESCENA VI.

FERNANDO, luego LEONCIA.

FERN. (Entra lentamente y se detiene mirando á todos lados.) ¡Ah, no está aquí! (Mirando hacia la puerta por donde ha salido Leoncia.) ¡Por allí viene! ¡Qué agitación! ¡Y yo que creía poder verla sin conmovirme!

LEON. (Entrando precipitadamente y haciendo ademán de dirigirse á él.) ¡Fernando!... (Con una voz llena de emoción y de ternura.)

FERN. (Dando un paso y deteniéndose.) Señora...

LEON. (Con gran calor.) ¡Ah! ¿por qué ahogas los generosos impulsos de tu corazón? Ven á estrechar las manos siquiera de tu Leoncia... de esta infeliz mujer que ha pasado seis años sostenida por la esperanza de volverte á ver. (Con voz suplicante.) ¡Fernando mío!... ¡Fernando!

FERN. (Dominando su emoción.) Leoncia, esos seis años de silen-



cio han roto los lazos que nos unian. Hoy es el amigo quien viene á hablar á usted con la calma de la razon.

LEON. ¡Miserable, cómo se domina! ¡El amigo! Palabra falsa y cruel con que tratas de disfrazar la turbacion que te domina. ¡Es inútil fingir!... ¡Yo oigo desde aqui los latidos de tu corazon!...

FERN. Se engaña usted, señora. El sentimiento de la gratitud es el único que su presencia de usted ha despertado en mi alma. ¡Todo ha concluido!

LEON. ¡Ah, con qué acento lo ha dicho! (Cubriéndose el rostro.) ¡Qué crueldad, Fernando!

FERN. Leoncia, es difícil, muy difícil el objeto de esta entrevista. Antes de exponerle necesito explicar...

LEON. ¿Para qué? ¡Todo lo comprendo! ¿Qué vienes á pedirme? Habla sin temor. ¿Vienes á suplicarme que no desbarate tus planes de fortuna?

FERN. (Con indignacion.) No de fortuna...

LEON. ¡Ah, perdona si la palabra te ha ofendido! ¿Quieres que no me oponga á tu casamiento?

FERN. ¡Esa dulzura!... ¡No comprendo!...

LEON. ¿Quieres que ahogue dentro de mi corazon mi amor inmenso, el único sentimiento de que se alimenta mi alma, la única luz que alumbra mi vida? ¿Quieres que renuncie para siempre á mis sueños de ambicion y de ventura?

FERN. Leoncia, hablemos con la lealtad y con la franqueza de personas que se conocen...

LEON. Pues con franqueza y lealtad te estoy hablando. (Fernando la mira con sorpresa.) Deseas que yo vea tranquila, serena, delante de todos nuestros amigos, ante la faz del mundo, como entregas tu mano á otra mujer y la das el nombre de esposa? Eso pretendes, ¿no es verdad? (Con fingida resignacion.) Pues habla y serás obedecido.

FERN. (Con asombro.) ¿Cómo!... ¿qué dices?... ¿Es el sarcasmo, la ironia la que te inspira esas palabras?

LEON. Mal me conoces. ¡Es mi amor, mi inmenso amor, que me arrastra al sacrificio!

FERN. ¿Será posible?... ¡Bah!

LEON. (Con fingido desconsuelo.) ¿Y qué he-de hacer cuando veo que se ha apagado en tu alma la llama que devora la mia? ¿He de labrar tu desgracia? Eso seria vulgar, mezquino, y yo anhele que en medio de tu felicidad



conserves de esta pobre mujer, que vá á quedar sola en el mundo, un recuerdo dulce y santo. (¡Ya empieza á conmoverse!)

FERN. (¡Qué oigo!... ¿Será verdad que su amor?... ) Siempre he creído á usted una mujer generosa... pero no me explico...

LEON. ¡Nunca me has conocido!... ¡Mi abnegacion llegará hasta el martirio!... ¿Es necesario que yo misma asista á la ceremonia? Pues dilo de una vez.

FERN. (Conmovido y confuso.) ¡Leoncia, por Dios!...

LEON. ¿Quieres que la víctima vaya á buscar á su verdugo?... Pues habla. (Con fingido desvario.) Yo me presentaré con la risa en los labios y la muerte en el corazon... yo adornaré con flores regadas por mis lágrimas á la desposada para que te parezca mas bella... mas deslumbradora... ¿Habrá que felicitarla? Mi enhorabuena será la primera... ¿Será preciso reir... bailar... saltar de júbilo... en esa noche venturosa?... Pues bien, yo reiré... yo bailaré... hablaré con este... escucharé á aquel... divertiré á todos... (Con creciente exaltación.) seré la animacion... la alegría... el alma de la fiesta... la locura y el frenesí en persona. (Contemplando á Fernando.) (¡Ya vacila!...)

FERN. (Fuertemente agitado.) ¡Leoncia! ¿es la verdad... es el amor quien habla por tu boca?

LEON. ¿Pues qué otro sentimiento puede darme fuerzas?...

FERN. ¡Pero ese sacrificio es imposible!... Seria una infamia que yo aceptara...

LEON. (Estrechándole las manos.) Yo te suplico que le aceptes... ¡Tú amor á esa mujer!... ¡Solo te exijo en cambio de él otro bien pequeño!

FERN. ¡Otro!... Habla...

LEON. Que suspendas por unos dias... por un mes siquiera... tu casamiento.

FERN. ¿Que suspenda!... (Despues de un momento de perplegidad, como iluminado por un rayo de luz.) (¡Todo lo comprendo! ¡Durante ese tiempo desbaratar!... ¡Imposible!)

LEON. Yo necesito acostumbrarme á mi desgracia. ¿No es verdad que accedes?

FERN. ¿Pero qué excusas? Todo está preparado... Las gentes pensarían...

LEON. Finge un viaje repentino... (Dirigiéndose al velador y to-



mando una pluma.) Lo mejor será escribir una carta. Ven, aquí mismo tienes papel... Así te ahorras explicaciones... Yo haré que la entreguen.

FERN. (Con resolución.) Imposible... Leoncia, no puedo... ni un solo día.

LEON. (Con profunda desesperación.) ¡Ni un solo día! ¡Ah! ¡todo es inútil! ¡Le soy indiferente! (Transición de cólera que va creciendo gradualmente.) Es decir... que mi sacrificio no te conmueve... ¿no te inspira ni una mirada de compasión? Yo debo sacrificar en las aras de tu dicha... mi corazón... mi amor... mi vida... ¡todo! ¡y tú nada! ¡Ah! me horroriza tu egoísmo!

FERN. Leoncia, cuando no se ama á una mujer... lo noble... lo digno es decírselo. Todo ha concluido entre nosotros. Yo he venido aquí á arreglar nuestro rompimiento.

LEON. (Con un rugido de cólera.) ¡Ah!... ¡qué escucho!... (Deja caer la cabeza sobre su pecho y se sostiene en uno de los sillones. Después de una breve pausa, sale repentinamente de su estupor, y con la voz ronca de ira dice:) ¡Miserable! también en mi pecho ha concluido tu amor... ¡Si, desde este momento te odio, te detesto con toda mi alma! Yo no te creía capaz de tanta infamia... he necesitado verlo... oírlo de tu misma boca. Ha concluido mi amor... pero ahora empieza mi venganza!

FERN. ¡No la temo! Yo trataba de evitar un escándalo que solo á tí puede hacerte daño...

LEON. ¡Á mí! Y qué me importa si en ese escándalo rodaremos los dos envueltos. Yo caeré, pero arrastrándote en mi caída. Te he tenido sujeto en los días de fortuna... necesito verte ahora amarrado á mis pies en los días de dolor y de amargura!

FERN. ¿Qué piensas hacer? ¿Revelarle nuestro pasado amor á Matilde? ¡Ya le conoce! Solo le falta saber tu nombre, yo mismo se le diré si es preciso...

LEON. No es á Matilde; á su padre, á ese anciano que está loco de amor por mí, es á quien yo convertiré en mi instrumento! Hoy me escribe volviendo á pedir mi mano.

FERN. El golpe que piensas descargar sobre mí, te herirá á tí sola. Cuando ese hombre conozca tu historia caerá la venda de sus ojos.

LEON. ¡Insensato! ¡No sabes como ciegan las pasiones! Y si la venda, como tú esperas, cae de sus ojos... entonces



- blandiré contra tí un arma terrible.
- FERN. (Con recelo.) ¡Un arma!... ¿Alguna invencion?
- LEON. Te he brindado con la paz... no la has aceptado... Me has provocado á la guerra, y yo no sé hacerla mas que á muerte. Has de saber que tu honra está en mis manos.
- FERN. ¡Mi honra en tus manos!... ¡Já, já!
- LEON. Oculta tu miedo bajo tu risa. ¿Tan pronto te has olvidado de tu vida pasada?
- FERN. (Estremeciéndose.) ¿Mi vida pasada?
- LEON. Yo me la sé de memoria... ¿Quieres que te recite una página de ella?
- FERN. ¡Una página!... No comprendo...
- LEON. Una página escrita por los tribunales... ¿No te acuerdas de cierta escritura de depósito?
- FERN. (Con naturalidad.) Si, un dia necesité una cantidad de dinero... para un gran apuro... Un usurero me la proporcionó haciéndome firmar un inícuo recibo de depósito... Estando yo en Filipinas cumplió el plazo y envié el dinero á Lopez, que es quien conocia al usurero.
- LEON. (Con fiereza.) Y Lopez no le entregó nada.
- FERN. (Con espanto.) ¡Cómo!... Lopez... ¡Imposible! ¿Y el usurero?... Eso es infame!
- LEON. ¡Y el usurero acudió al juez! Y el juez dictó contra tí un auto de prision.
- FERN. ¡Ah! ¡qué oigo!... pero ante la conciencia del juez yo soy un deudor...
- LEON. Pero ante el proceso eres un criminal.
- FERN. ¡Oh! yo entregaré el dinero, y todo concluirá.
- LEON. ¡Pero quedará el proceso... la mancha... y hoy está en mis manos!
- FERN. ¡En tus manos! No puede ser...
- LEON. Me le ha proporcionado Lopez, á quien has negado mil duros. (Enseñándole el legajo que le entregó el Vizeconde.) ¡Aqui le tienes!
- FERN. (Haciendo ademán de dirigirse á ella.) ¡Ah! no me provoques, Leoncia... ¡Entrégamele!
- LEON. (Guardándole precipitadamente.) Dentro de tres dias estará á tu disposicion. Es el regalo de boda que le reservo á tu futura.
- FERN. (Fuera de sí.) ¡Leoncia!



ESCENA VII.

DICHOS, EUGENIA, que entra precipitadamente.

- EUG. Señora, don Manuel... desea ver á usted.
- LEON. A tiempo llega. Tú le dirás quien yo soy, y yo le diré quien tú eres. (Dirigiéndose á la puerta.) ¡Que pase!
- FERN. ¡Dios mío! ese hombre á quien todo se lo debo... (Á Eugenia.) Un momento. (Á Leoncia.) Necesito una hora para resolver. Concédeme una tregua... Te lo pido por lo mas sagrado que para tí exista... Quiero ver á Matilde... (Mirando á la izquierda.) Yo la llamaré. Está en mi jardín.
- LEON. (Mirando á la izquierda.) Yo la llamaré. Está en mi jardín. ¡Qué idea! Es verdad, será de mas efecto que la hija y el padre presencien la escena... ¡Oh! estaria bueno que al fin de ella, apareciese la justicia!
- FERN. Por piedad, Leoncia!... No digas una sola palabra hasta que yo vuelva... ¡una hora te pido únicamente!...
- LEON. ¡De rodillas!... ¡suplicámelo de rodillas!
- FERN. (Con dignidad.) ¡Jamás!
- LEON. (Con desden.) Me inspiras lástima... Te concedo la tregua... Pero te advierto que si al sonar las cuatro en ese reloj, no has roto tu casamiento con Matilde, yo me encargaré de hacerlo. ¡Por aquí puedes verla! (Á Eugenia.) Que entre.

FERN. (Saliendo por la izquierda.) ¡Ah! ¡mi pasado!

LEON. (Con aire de triunfo.) ¡Ya es mío!

ESCENA VIII.

LEONCIA, MANUEL.

- MAN. He venido á interrumpir á usted...
- LEON. (Con mucha coquetería.) No; yo tengo siempre un placer... en recibirle...
- MAN. ¡Gracias! ¡Y mi hija?...
- LEON. En el jardín.
- MAN. Aquí traigo su escritura de dote. Me alegro de ver á usted á solas... (Coloca sobre el velador un pliego.) ¡Ha leído usted mi carta?
- LEON. Si...



MAN. Leoncia, mi sosiego... mi vida... mi felicidad!... hace tiempo que dependen de usted... El misterio... con que usted ha acogido mis protestas de amor ha hecho nacer en mi corazón esperanzas que yo no podría ya ver desvanecidas...

LEON. ¿Y por qué?

MAN. Porque su amor de usted es un vértigo que ofusca mi razón y la enloquece... En los primeros y en los últimos años una pasión... es la fiebre... el delirio...

LEON. ¡Jesús! yo le creía á usted un hombre de calma...

MAN. ¡De calma! Mi vida ha sido una lucha continua con los elementos... ¡la lucha es mi manera de ser!... ¡Acostumbrado á las grandes emociones no sé vivir sino en los extremos!... ¡amar hasta el sacrificio... ¡odiar hasta el exterminio!...

LEON. ¡Esos grandes caracteres son los que merecen mi admiración!...

MAN. ¿De veras? Pues entonces si hay algo en mi carácter y en mi alma que no le es á usted indiferente; ¡qué significa ese silencio!...

LEON. (Con fingida tristeza.) Este silencio significa que no puedo revelar á usted el misterio... de mi vida... Mi suerte está ligada á la de un hombre indigno, hipócrita... que bajo un exterior de honradez que seduce encubre un corazón corrompido...

MAN. (Con agitación.) ¿Y ese hombre quién es?

LEON. Hoy mismo... dentro de algunos momentos acaso... se romperá la cadena que nos une y entonces sabrá usted su nombre... Entre tanto cuánto le agradezco á usted estas muestras de afecto... ¡Ah! ¡Usted es acaso el único apoyo que tengo en el mundo!...

MAN. Hable usted sin temor... Leoncia, aunque la nieve de los años empieza á blanquear mis cabellos... dentro de mi pecho late un corazón joven y avezado á los peligros... ¿dónde está ese miserable?... (Con terrible exaltación.) ¡Su nombre!... dígame usted su nombre y un duelo á muerte... me librará de mi enemigo...

LEON. (Mirando al reloj.) En este instante... me es imposible... cuando suene la última campanada de las cuatro en aquel reloj... ¡seré ya libre!...

MAN. ¡Ah! ¡Concédame usted que sea yo mismo quien rompa esa cadena!...



LEON. ¡No puedo!... Espere usted aquí... cuando suene la última campanada...

MAN. ¿Vendrá usted?...

LEON. Si; no faltaré. Voy á buscar á Matilde... (Veremos qué ha resuelto...)

MAN. ¡Á Matilde!

LEON. Á Matilde, que está en el jardín.

MAN. ¡Ah! es verdad; ¡no me acordaba de ella!

## ESCENA IX.

Dr. MANUEL, luego el VIZCONDE.

MAN. ¡Esta pasión me trastorna, me pone fuera de mí!... Dentro de algunos momentos sabré... y cesará esta lucha...

¿Pero quién puede ser ese hombre y qué lazos le unirán?...

EUG. (Anunciando.) El señor Vizconde.

MAN. ¿Á qué vendrá este importuno?

VIZC. ¡Mi querido pariente!... No esperaba encontrar á usted aquí.

MAN. Ni yo tampoco...

VIZC. ¿Y Leoncia?

MAN. Está en el jardín.

VIZC. Necesitaba verla.

MAN. (¡Qué idea!... ¡la presencia de este necio... en estos momentos!... ¡Bah! no puede ser.) ¿Le interesa á usted mucho ver?...

VIZC. ¡Ah! mucho... no puede usted figurarse...

MAN. (¿Qué dice?... Voy á explorar...) ¿Algun negocio grave?...

VIZC. Muy grave.

MAN. Usted tiene á lo que veo grande intimidad con Leoncia...

VIZC. Muy grande y muy antigua.

MAN. ¿Los lazos que á usted le unen con ella?...

VIZC. Son mas fuertes de lo que algunos se imaginan.

MAN. (Con cólera.) ¿De veras?

VIZC. (¿Qué le pasa á este hombre?... ¡Ah! tiene celos; voy á divertirme con él.) No comprendo su sorpresa de usted.

MAN. Pues es muy fácil de comprender... Yo tengo sobre esa señora nobles pretensiones que me dan derecho á sa-



- ber...
- VIZC. ¿Si? pues yo no reconozco ese derecho... y me declaro en plena rebelion.
- MAN. (Furioso.) Pues yo se le haré á usted reconocer... Usted es sin duda el hombre á quien yo busco.
- VIZC. Y usted la persona de quien es preciso huir. ¡Un marino enamorado!... ¡Já, já!
- MAN. (Cogiéndole por un brazo con feroza.) ¡Caballero!... Usted es la cadena que yo haré saltar... en pedazos.
- VIZC. ¡Yo cadena! ¡Si soy el hombre mas ligero del mundo!... ¡Qué fuerzas tiene!
- MAN. (Fuera de sí.) Nada de burlas... ¡Pronto... pronto!... revéleme usted todo...
- VIZC. Amigo mio, le juro á usted por mi honor... que no sé nada... que todo ha sido una broma... ¡Vé que le inspiraba á usted celos!
- MAN. ¡Una broma! El miedo le obliga á usted. (Dudando.) Usted trata de engañarme. Pronto lo sabré, y entonces...
- VIZC. (Habrà que enjaularle.)
- MAN. (Dando grandes pasos.) ¿Quién podrá revelarme ese misterio?
- VIZC. ¡Qué ocurrencia! ¿Quién? Fernando.
- MAN. ¡Fernando!
- VIZC. Es el único que conoce la historia de esa mujer.
- MAD. ¿Habla usted seriamente?
- VIZC. Mi palabra... (Fernando aparece por la puerta de la izquierda.) Ahí le tiene usted...

## ESCENA X.

DICHOS, FERNANDO.

- FERN. (Que entra con cierta solemnidad, bajo al Vizconde.) Déjanos solos.
- VIZC. (Lo siento... porque necesito un escándalo gordo que contar en el Suizo.) (saluda á D. Manuel.) Ruego á usted que me dispense...
- MAN. Recuerdo á usted mi promesa...
- VIZC. La tengo muy presente.
- MAN. (Á Fernando.) Cuánto me alegro que venga usted. (Tomando el pliego.) Aquí tiene usted la carta de dote...
- FERN. (Dejando el pliego sobre el velador.) No hablemos de eso...



- MAN. Cada paso de estos es un nuevo título... para darle á usted el nombre de hijo.
- FERN. ¡Ah! ¡no sé cómo empezar!) Usted siempre colmándome de beneficios, y yo... cada vez mereciéndolos menos.
- MAN. ¡Ah! Fernando, me encuentro en una situación horrible... y necesito los consejos de usted.
- FERN. ¡Mis consejos!... Si usted supiera...
- MAN. ¿Usted conoce mi amor á Leoncia?
- FERN. Le conozco...
- MAN. Pues bien... ese amor ha llegado á enloquecerme... Yo queria que mi enlace con esa mujer... se verificase el mismo dia en que se celebre el de usted con mi hija... La he escrito esta mañana con este motivo...
- FERN. Lo sé todo ...
- MAN. Acabo de verla, y su respuesta encierra un nuevo misterio... ¡Siempre lo mismo!... Esa misma indecision... lejos de desalentarme, ha hecho crecer en mi corazon una pasion violenta... impropia de mis años, yo bien lo conozco; pero que no puedo dominar...
- FERN. ¡Infeliz! ¡está ciego por ella!
- MAN. La he apremiado hoy á que me conteste de una manera definitiva, ¿y qué piensa usted que me ha dicho? Que su suerte está unida á la de un hombre indigno...
- FERN. (Con cólera.) ¡Á la de un hombre indigno!...
- MAN. Son sus palabras. Despues añadió que dentro de algunos momentos se verá libre de él, y entonces podrá contestarme...
- FERN. (Con amargura, mirando al reloj.) ¿Dentro de algunos momentos?...
- MAN. Cuando suene la última campanada de las cuatro... ¿Qué nuevo enigma es este? Fernando, usted, que segun parece conoce hace tiempo á esa mujer... ¿qué sabe usted de ella? ¿Qué desgracia pesa sobre esa criatura adorable?
- FERN. (Dios mio! ¡qué pregunta!)
- MAN. ¿No adivina usted quién puede ser ese hombre? Yo comprendo que ella es víctima de ese miserable que oculta su rostro...
- FERN. ¡Ella la víctima!
- MAN. Si, porque es una mujer dignísima... ¡Su orgullo es el orgullo de la virtud!... Mi corazon me dice que es una mujer sublime que sufre en silencio... y mi corazon no



- me puede engañar...
- FERN. ¡(Desgraciado!)
- MAN. ¿No es verdad que usted la cree como yo mártir de su misma honra... un modelo de dignidad y de pureza?... Contésteme usted...
- FERN. ¡Que conteste!... Usted quiere...
- MAN. Si... porque estoy seguro de que piensa como yo.
- FERN. (Mirando al reloj.) (¿Qué voy á hacer? Romper en mil pedazos el corazon de mi bienhechor... de mi padre...)
- MAN. Ese silencio... ¿qué significa?
- FERN. ¡(Es preciso!) Significa... que esa mujer... es una infame!
- MAN. ¡Ella!... una... Usted se equivoca... ¡Mentira!... (Suena la hora.) ¡Esa es una calumnia!
- FERN. (Estremeciéndose.) ¡La hora!... No; yo le juro á usted...
- VAN. (Fuera de sí.) ¡Imposible!... Y ese hombre á quien ella se refiere, ¿dónde está? ¿Quién es? (Leoncia aparece en la puerta de la izquierda; poco despues Matilde.)
- FERN. (Al verla, con energia.) ¡Ese hombre soy yo!
- MAN. (Con espanto.) ¡Usted!... ¡Ah! todo lo comprendo... Por eso la insulta usted... por eso la calumnia... (Yendo hacia él.) ¡Miserable! ¡yo la defiendo!
- FERN. ¡Por piedad!... ¡Su hija de usted nos oye!... ¡Matilde!... (Matilde corre á interponerse entre los dos.)
- MAN. ¡Mi hija!... (Cogiendo la escritura de dote y haciéndola pedazos.) ¡Todo ha concluido!
- MAT. ¡Padre mio!...
- LEON. (Adelantándose con aire altanero.) ¡He triunfado!

## FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.

La misma decoracion del segundo.

### ESCENA PRIMERA.

LEONCIA, luego EUGENIA. Al alzarse el telon, Leoncia, aparece escribiendo sobre el velador.

LEON. (Cerrando la carta.) ¡Ojalá que le encuentren en su casa! Necesito que venga en seguida... Estoy inquieta... sobresaltada. El Vizconde podrá verle y enterarse de sus intenciones... (Llama á la campanilla.) La situacion en que se vé es á propósito para que medite contra mí... (Á Eugenia, que entra.) ¿Ha vuelto Francisco de casa de don Manuel?

EUG. Si, señora.

LEON. ¿Cómo sigue la señorita Matilde?

EUG. Mejor. El señor ha dicho que viene al instante.

LEON. Bien. Esta carta al Vizconde... inmediatamente.

EUG. ¿Espera contestacion?

LEON. No; le ruego que venga en cuanto la reciba. (Eugenia entrega la carta á un criado que espera á la puerta.) Quiero que indague dónde para Fernando y qué es lo que piensa. Me temo...

EUG. Cualquier cosa debe usted temerse. Por la escalera bajaba como un loco.

LEON. Yo que conozco á fondo su carácter altivo y violento no puedo explicarme todavia cómo se marchó sin contes-



- tar á las insultantes palabras de don Manuel.
- EUG. ¡Es muy extraño! ¡Un hombre que ha andado siempre de desafío en desafío!
- LEON. Es que le cree ciego de amor... un instrumento mío... Por eso sospecho que sobre mí es sobre quien él piensa descargar su cólera... ¡Ah, si yo conociera los medios de que piensa valerse!
- EUG. ¡Jesus! Yo estoy asustada. Lo mejor sería abandonar á Madrid... dejar esta casa... donde no pueden suceder ya mas que desgracias.
- LEON. ¡Huir... desbaratar mi venganza cuando empiezo á gozar de ella... Tú estás loca... ¿No comprendes que mi fuga haría recaer sobre mí las sospechas mas infames?... Una sola palabra bastaría entonces para hundirme... Don Manuel se reconciliaría con Fernando... y ese miserable que ha envenenado mi vida... se casaría con esa niña osada y necia á quien detesto... ¡Jamás!...
- EUG. ¡Ah, señora, es que nos amenaza un suceso... Todo lo que usted preveía ha pasado... Yo no entro aquí mas que para dar malas nuevas...
- LEON. ¿Pues qué ocurre?... ¿Los acreedores se han presentado?...
- EUG. Don Cosme ha estado ya con un escribano queriendo ejecutar el embargo de todo...
- LEON. (Asustada.) ¡Tan pronto!...
- EUG. Como le tenía pedido antes de la sentencia... en cuanto ha visto...
- LEON. ¿Y qué le has dicho?... Es preciso detenerle... ganar unas cuantas horas... un día siquiera... ¡Ah, qué escándalo!
- EUG. ¡Un día! ¿Y qué haremos al siguiente?... Si usted contara con recursos...
- LEON. Los buscaré... ¡Ah, mucho trabajo me cuesta; pero al mismo Vizconde le hablaré... le descubriré mi situación... El conoce gentes que prestan... de cualquier modo.
- EUG. Si eso fuese verdad no se encontraría él siempre arruinado. No se forje usted ilusiones que han de hacer mas cruel el desengaño.
- LEON. ¡Qué! ¿Tú tambien te empeñas en apurarme, en amargar mi situación?
- EUG. No; pero quiero que usted se penetre de que es muy



- grave. Dentro de una hora volverán á presentarse esos galafates... con su aire seco y sus palabras duras... ¡Ay! señora, yo he sido toda mi vida una buena mujer; pero tengo un miedo á la justicia!...
- LEON. (Con ira.) ¿Es decir que todos los caminos estan cerrados?... ¿Segun tú ya no hay mas remedio?...
- EUG. ¿Quiere usted que le diga mi opinion?
- LEON. Si, habla.
- EUG. Yo no veo mas que uno.
- LEON. ¿Cuál?
- EUG. Lo diré de una vez. Que se case usted con don Manuel.
- LEON. ¡Yo! casarme...
- EUG. Está loco de amor por usted... es muy rico... inmensamente rico, segun dicen...
- LEON. ¡Qué idea!...
- EUG. Mire usted que de un momento á otro don Fernando le puede devolver á usted el daño que usted le ha hecho.
- LEON. ¡Ah, y me lo devolverá, no lo dudes. La mirada que me dirigió al salir fué una mirada de exterminio.
- EUG. Pues entonces ¿qué la detiene á usted?
- LEON. ¡Cuesta tanto trabajo unirse á un hombre á quien no se ama!... Y yo estimo á don Manuel. Es un hombre digno... enérgico...
- EUG. Y con el tiempo llegaria usted á amarlo...
- LEON. Vamos, no me atrevo. Prefiero...
- EUG. Eso es, prefiere usted el escándalo que nos espera... que los criados se enteren de que no hay con qué pagarles... que la justicia vaya de cuarto en cuarto formando un inventario... que se lleven los muebles... las alfombras... los espejos... todo... y que cuando vengan á visitar á usted sus amigos... don Manuel... el mismo don Fernando, se la encuentren á usted...
- LEON. (Con agitación.) ¡Calla!...
- EUG. Se la encuentren á usted entre cuatro paredes, con la casa vendida en público pregon.
- LEON. ¡Calla! te digo... ¡no me atormentes!
- EUG. (Acercándose á ella.) Prefiere usted volverse á ver como cuando murió su madre, con un vestido de percal, pobre, miserable...
- LEON. (Con un grito de espanto.) ¡Ah, nunca!
- EUG. (Acariiciándola.) ¡Ah, señora, nadie la quiere á usted co-



mo yo. La he hecho recordar... pero es preciso...  
LEON. Déjame.  
FRANC. (Entrando.) El señor don Manuel...  
EUG. Que pase... (A Leoncia.) Ánimo, señora, no hay otro camino.  
LEON. La carta al Vizconde.

## ESCENA II.

LEONCIA, D. MANUEL.

MAN. ¡Ah, señora, vengo desesperado!  
LEON. (Con recelo.) ¿Qué ocurre?  
MAN. Acabo de tener con mi hija un altercado violento. Está ciega por ese hombre. ¡Imposible parece adonde arrastra un amor inconsiderado!  
LEON. En los primeros momentos es natural... El tiempo solo puede...  
MAN. ¿Querrá usted creer que insiste en su defensa?... ¿Que está resuelta á desobedecerme?... Una niña que no ha tenido nunca una palabra que replicar á mis mandatos... ¡Dejarse dominar así por una pasión!...  
LEON. Pero usted ¿qué piensa hacer?  
MAN. Por de pronto traérsela á usted. Los criados que hay en casa han servido á Fernando y no me inspiran confianza... Y luego, ¿con quién podrá estar mejor que con usted, á quien yo considero como?...  
LEON. Es verdad; yo me encargaré de aconsejarla... Yo la quiero mucho...  
MAN. Si, usted podrá arrancar la venda que cubre sus ojos... Usted que tanto tiempo ha sido víctima de ese miserable...  
LEON. No me hable usted de él.  
MAN. Desde que me ha contado usted esa triste historia... desde que sé lo que usted ha sufrido con las persecuciones de ese insensato, á quien un sentimiento de venganza le obliga á calumniar á usted... Solo deseo encontrarme frente á frente...  
LEON. Mejor es que se olvide usted hasta de su nombre...  
MAN. No, señora... antes es preciso que yo satisfaga mi cólera... Le he mandado dos personas...  
LEON. (Con inquietud.) ¿Qué ha hecho usted?...



MAN. No se alarme usted... el peligro y yo nos conocemos... somos antiguos camaradas...

LEON. ¡Imposible! Yo no puedo permitir que usted arriesgue su vida...

MAN. El agravio que he recibido exige una reparación...

LEON. El agravio ha sido á mí y yo le perdono.

MAN. Pues yo no puedo hacerlo... Aunque el amor que á usted le tengo no me lo impidiera... hay otra razón...

LEON. ¡Otra!...

MAN. Su marido de usted fué mi amigo... yo debo defender á su viuda...

LEON. ¡Mi marido! ¡Qué recuerdo! (Con cariño.) ¡Ah! Don Manuel... es preciso que usted desista... de esa locura... Yo se lo suplico... ¿Quiere usted causar un gran dolor?...

MAN. (Con ansiedad.) ¿Á quién?...

LEON. (Con fingido pudor.) Á su hija de usted... á mí... á cuantos le queremos...

MAN. (Con entusiasmo.) ¡Leoncia!... yo bendigo este lance, que ha venido á descubrir el interés que usted se toma por mí...

LEON. (Con gatzmoñería.) ¿Y á revelar cuán falsas son las protestas de cariño... de amor que usted me hace?...

MAN. ¿Por qué?

LEON. Porque si usted me amara como dice, me hubiera usted empeñado ya su palabra de apartarse de ese lance... Á la primera prueba que he querido exigir... Y yo que había creído... Todos lo mismo.

MAN. Imposible, Leoncia. He dado los primeros pasos...

LEON. Pues yo exijo que no dé usted los últimos. Ya que no quiere usted desistir... necesito que lo suspenda usted por unos días... Esto es bien fácil... Su honor de usted no puede padecer...

MAN. ¿Y con qué objeto quiere usted que suspenda?...

LEON. Bien sencilllo. Yo pienso salir hoy de Madrid, y no quiero llevarme en el alma la incertidumbre... la angustia...

MAN. (Con inquietud.) ¡Salir de Madrid! ¿Y por qué?

LEON. Quiero respirar el aire del campo... descansar de esta vida de lucha... He sufrido mucho desde ayer...

MAN. ¿Y adónde se dirige usted?...

LEON. Á Valencia... á cualquier parte...



- MAN. ¿Y sola?
- LEON. Me llevaré á Matilde... si usted no tiene inconveniente.
- MAN. Ninguno. Pero ustedes no pueden emprender el viaje solas... ¡Imposible!
- LEON. Si usted quisiera acompañarnos... Dentro de unos días podría usted volver á cumplir con esas ridículas exigencias del honor...
- MAN. ¿Pero usted no podría retardar su viaje?
- LEON. Ni dos horas... No es un capricho... El médico lo ha dispuesto así...
- MAN. (Con sobresalto.) ¡El médico!
- LEON. Estoy desde anoche amenazada de un accidente... Una afección del corazón que se me presenta siempre que sufro algún disgusto...
- MAN. ¿Y por qué no me lo ha dicho usted antes?... ¿Y un viaje es el único remedio?...
- LEON. (Con languidez.) El único.
- MAN. Si, es preciso salir inmediatamente... Voy por mi hija... Se la enviaré á usted en seguida, y yo iré á disponer el viaje... Antes de una hora nos pondremos en marcha...
- LEON. (Con alegría.) ¿De veras? ¿Me compromete usted su palabra?
- MAN. Mi palabra; pero yo no podré acompañar á usted mas que unos días...
- LEON. Se supone. ¡Ah! ¡cómo se lo agradezco!...
- MAN. En cuanto yo venga el ultraje inferido á usted... le volveré á reiterar mi súplica, y entonces...
- LEON. (Con pudor.) Accederé á ella.
- MAN. (Estrechándole las manos.) ¡Ah, Leoncia, qué feliz me siento!...
- LEON. ¿Antes de una hora?...
- MAN. Si, antes de una hora partiremos. Cuidado con mi hija... Háblela usted al alma... Usted logrará convencerla...
- LEON. Que venga al momento.
- MAN. Voy volando. (Al salir se vuelve á mirarla.)
- LEON. (Con coquetería.) Hasta luego.



ESCENA III.

LEONCIA, luego EUGENIA.

- LEON. (Con alegría.) ¡Ah! dentro de una hora... romperé estas cadenas que me sujetan... atravesaré por medio de los obstáculos que me rodean, y respiraré libre... y tranquila... ¡Qué repentinamente cambia nuestra suerte!... Hace un instante me encontraba al borde del precipicio, y ya... ¡estoy del otro lado!... ¡Qué loca soy!... ¡Qué pronto me entrego á la alegría!... Es preciso ganar tiempo... (Á Eugenia que entra.) ¡Iba á llamarte... Eugenia, mi pobre Eugenia, desecha esa pena que te aqueja... Pronto vamos á ser felices...
- EUG. No lo creo... por pronto que sea...
- LEON. ¿No lo crees? Antes de una hora saldremos de Madrid como tú deseabas... pero no como quien busca su salvacion en una huida vergonzosa, sino acompañadas de don Manuel y de su hija...
- EUG. ¿Por fin se ha decidido usted?...
- LEON. Si, á seguir tus consejos... Es un sacrificio inmenso... pero necesario.
- EUG. ¿Y está usted segura que dentro de una hora?...
- LEON. Segurísima. La cuestion es de que no vuelvan antes de ese tiempo...
- EUG. Es verdad, esa es la cuestion; pero ha de saber usted que don Cosme ha vuelto... dispuesto á no moverse hasta que no venga el escribano.
- LEON. ¿Qué dices? Ese hombre es una hiena...
- EUG. Mucho peor... es un usurero.
- LEON. ¿Y qué hacemos? Ese hombre se apercibirá de todo...
- EUG. Es menester que usted salga como si fuera de paseo... yo me quedaré aqui, y cuando estalle la tormenta descargará sobre mí sola.
- LEON. ¡Ah! ¡mi buena Eugenia!... ¿Y yo te he de abandonar?
- EUG. ¡Qué importa!
- LEON. ¿Pero los demas acreedores no se han presentado?
- EUG. Ninguno.
- LEON. Bien; pero el que nos estorba ahora es ese... Si yo pudiera pagarle...
- EUG. Le advierto á usted que el Vizconde ha venido... Ahí



fuera está esperando...

LEON. ¡Ah!... ese tal vez... dile que pase al instante...

EUG. Qué poca confianza me inspira... para estas cosas.

LEON. La señorita Matilde vá á llegar de un momento á otro...  
ténlo presente.

#### ESCENA IV.

LEONCIA, luego el VIZCONDE.

LEON. Ya empiezan otra vez los peligros... ¡Ah!... ¿cuándo me  
veré fuera de esta atmósfera de miedo y sobresalto?

VIZC. Leoncia, estoy á las órdenes de usted...

LEON. Cuánto siento haberle hecho esperar...

VIZC. No sienta usted nada... me alegro mucho de que me ha  
ya usted llamado...

LEON. ¿Qué!... ¿tiene usted algo que decirme? ¿Ha visto us-  
ted á Fernando?...

VIZC. Al contrario, yo soy quien vengo sediento de explica-  
ciones. Como en su carta me habla usted del rompi-  
miento...

LEON. ¿Es decir que no ha dado usted ningún paso para inda-  
gar qué piensa Fernando?...

VIZC. En cuanto supe el rompimiento dije, «pues señor: ya te  
nemos un lance en campaña.» Es preciso que yo figure-  
de padrino. Porque ya vé usted que sería un escándalo  
que se verificara un desafío sin que figurara yo de  
alguno...

LEON. Bien; ¿pero qué ha hecho usted?...

VIZC. No sea usted impaciente. Anuncié el lance como segu-  
ro y en seguida busqué un médico... un homeópata  
amigo mio.

LEON. ¿Homeópata para un desafío?... ¿Pero en qué quedamos?  
¿fué usted á casa?

VIZC. De allí vengo; el criado me ha dicho que dos caballeros  
militares han estado á preguntar por Fernando. (Agitan-  
do el sombrero.) ¡Ah! Soy feliz, tengo un desafío y ópe-  
ra nueva! Esta noche se estrena la *Traviata*!

LEON. ¿Es eso todo lo que sabe usted?...

VIZC. ¿Le parece á usted poco?...

LEON. ¿Y yo que tenía fundadas en usted todas mis esperan-  
zas?... Será preciso abandonarse al destino... En fin,



hablemos de otra cosa... Vizconde, voy á dar á usted una prueba de amistad... de confianza...

VIZC. Tanta honra...

LEON. He sufrido un golpe terrible en mis intereses...

VIZC. ¿Ha jugado usted á la bolsa y la han cazado?

LEON. No; he perdido en un pleito casi toda mi fortuna... Suplico á usted que me perdone por el encargo que voy á darle. Necesito que, usted que conoce á los hombres de negocios...

VIZC. No, señora, ellos son los que me conocen á mí... por eso me hacen tan poco caso...

LEON. Bien; necesito que entre esas gentes que prestan créditos enormes me busque usted quien me proporcione antes de una hora una cantidad pequeña.

VIZC. ¿Y con qué hipoteca?

LEON. Con cualquiera...

VIZC. No basta que sea de cualquiera... ha de ser de uno mismo... usted tiene alhajas... grandes muebles...

LEON. No quiero tocar á nada de eso...

VIZC. Entonces lo veo difícil.

LEON. Deslúmbrelos usted con la usura... con el contrato... con las condiciones... Sean como sean, no me importan...

VIZC. Entonces no conozco mas que una persona que pueda servir á usted.

LEON. ¿Quién?

VIZC. Lopez.

LEON. ¿Pero no está preso?

VIZC. No, señora... me le he encontrado esta mañana, y está mas en grande que nunca. Con un poder que tenia de Fernando... un poder anterior á su viaje á Filipinas, yo no sé qué calaverada ha hecho...

LEON. ¿Y está usted seguro de que antes de media hora...

VIZC. Yo creo que sí, pero será preciso que le ponga usted dos letras.

LEON. ¡Yo! ¡escribir!

VIZC. Pues de otro modo, á mí no me dará crédito ninguno.

LEON. Hasta con Lopez le he perdido.

VIZC. ¿Y qué le he de decir?

LEON. Que necesita usted inmediatamente y con cualquier género de condiciones una cantidad...

VIZC. ¿Y sin mi carta?...

LEON. No adelantaremos nada.



- LEON. (Acercándose al velador y escribiendo.) ¡Esta nueva humillacion!...
- VIZC. (Mientras escribe.) (Quién había de decir que Leoncia... Cómo se generaliza la bancarrota! Es una epidemia general... Yo la padezco desde pequeño.)
- LEON. Tome usted.
- VIZC. Vuelo á llevársela.
- LEON. ¡Ah! Vizconde, con qué podrá pagar á usted.
- VIZC. Señora... pague usted antes á sus acreedores.!
- LEON. Vizconde, se me olvidaba...
- VIZC. ¿Qué!
- LEON. (Al ver á Matilde, que entra.) Nada, que vuelva usted en seguida. (¡Qué caral)
- VIZC. (Á Matilde.) Señorita... (La desgracia de esta pobre niña ni Lopez la remedia.)

## ESCENA V.

LEONCIA, MATILDE.

Matilde angustiada por el dolor, pero con dignidad y entereza, se adelanta silenciosamente.

- LEON. Matilde, hija mia, qué prevenida está usted contra mí, su semblante me lo dice... Por eso anhelaba yo esta entrevista, de la que debe salir nuestra reconciliacion...
- MAT. ¡Nuestra reconciliacion!.. ¡Qué blasfemia tan grandel.. Tan triste idea tiene usted de mí...
- LEON. Mientras usted no me escuche... mientras se obstina en ver en mí á la mujer que ha desbaratado su casamiento... á su mayor enemiga...
- MAT. Otro nombre peor merece... quien ha desgarrado mi corazon, quien ha calumniado al hombre á quien amo, á quien adoro... y quien para colmo de iniquidades intenta ahora cubrir de afrenta... las honradas canas de mi padre.
- LEON. ¡Qué ceguedad! Yo buscaba una reconciliacion y usted...
- MAT. Y yo le presento á usted un duelo á muerte...
- LEON. ¡Un duelo á muerte! Ha leído usted en el colegio alguna tragedia... ¿y piensa usted recitármela?... ¡Já, já!... ¡Adelante! siga usted, yo soy tambien apasionada de los



grandes autores... ¿Qué obra es la que á usted mas le gusta?

MAT. No es una tragedia, es un drama muy conocido...

LEON. ¿De veras? ¿Y cuál es su argumento?

MAT. Una gran señora, que despues de haber deslumbrado unos cuantos años con su fausto y su hermosura... espiera un dia sola, abandonada, marchita, loca de miseria y de dolor en un hospital.

LEON. ¡Ah!... ¡Á su edad!... ¡Qué osadia! ¿Quién le ha inspirado á usted esa idea?

MAT. Es una de las lecciones del colegio.

LEON. Trae usted muy ensayada su comedia. ¿Qué gran actor la ha aconsejado á usted?

MAT. Uno que la conoce á usted á fondo. Fernando, de quien acabo de separarme.

LEON. ¿Fernando! ¿Le ha visto usted? ¿Todo lo comprendo!... ¿Quiere envolverla á usted en su desgracia? ¿Qué egoismo! ¿Él es quien la ha dado á usted fuerzas para combatir conmigo?

MAT. No las necesitaba; pero él es quien me ha decidido á provocar á usted á esta lucha... en que ha de caer usted vencida... Él es quien me ha dicho: «salva á tu padre aunque me pierdas á mí.»

LEON. ¡Bravo! Y para entrar en esa lucha terrible ¿no trae usted mas armas que sus lecciones del colegio?

MAT. No, traigo una, cuya vista le ha de hacer á usted estremecerse... Traigo su historia de usted toda entera.

LEON. ¿Mi historia! ¿No comprendo?

MAT. Para leérsela á mi padre capítulo por capítulo...

LEON. (¿Qué querrá decir?) ¿Y el autor de esa historia es Fernando?

MAT. Es usted misma... son todas las cartas que usted le ha escrito.

LEON. ¡Oh! pero esa es una infamia que yo no puedo creer...

MAT. Mayor es la que usted ha cometido con él.

LEON. Y Fernando le ha entregado á usted...

MAT. ¿Fernando!

LEON. ¿Es una traicion horrible!... ¿Y dónde estan?

MAT. Aquí las tengo.

LEON. (¿Qué idea!) ¿Usted conoce mi letra?

MAT. No... Pero son de usted, no me cabe duda.

LEON. ¡Imposible! La ha engañado á usted... Ahora recuerdo



que me las devolvió cuando reñimos... (Procurando serenarse.) Y yo que me habia asustado... Enséñemelas usted. Yo escribiré delante de usted, y verá como no es mi letra...

MAT. (Quiere arrebatármelas.) Mi padre conoce la letra de usted, y él podrá hacer el cotejo.

LEON. ¿Es decir que está usted resuelta á entregárselas?

MAT. Resuelta.

LEON. (Reflexionando.) ¡Si yo pudiera! (Con mucha dulzura.) Matilde, hija mia. Voy á hacer á usted una confesion que no he hecho á nadie... no es mi ambicion... no es tampoco un sentimiento de venganza el que me ha obligado á romper su casamiento de usted con Fernando... Mi amor, únicamente mi ciego amor á ese hombre, es el que me ha arrastrado á ese extremo...

MAT. ¿Y á mí se atreve usted á confesarme?

LEON. Permítame usted... Usted ama á Fernando como se ama al primer hombre... yo como se adora al último... Para usted representa los sueños de su imaginacion... para mí la existencia entera... para usted es el porvenir... para mí el pasado... Si Fernando cometiese con usted una de esas villanías que los hombres cometen tan fácilmente... usted es jóven... brilla ahora en la aurora de la juventud y podría elegir otro... Yo he cumplido treinta años... empiezo á sentir el ocaso de mi vida... y Fernando es mi última eleccion... Usted puede vivir sin él... yo no puedo mas que morir cuando deje de amarle... Si usted entrega esas cartas... si esa inicua traicion se consuma... todo habrá concluido... En nombre de mi última esperanza... entréguelas usted... y tendrá usted en mí una esclava... mas que una esclava... una amiga... una madre... ¡un alma condenada! (Cayendo de rodillas.) ¡Míreme usted á sus pies... á mí, á su rival!... ¿Me quiere usted mas humillada?... ¡Ah, no se conmueve!

MAT. (Separándose violentamente.) ¡Nunca!... representan su sentencia de usted, y es menester que se ejecute!

LEON. (Levantándose y dirigiéndola una mirada terrible.) ¡Nunca!... ¡Ah! ¡es mas fuerte que yo esta niña! (Dirigiéndose rápidamente al velador y tomando el proceso.) ¿Usted sabe lo que estos papeles significan?

MAT. Lo sé; Fernando me lo ha dicho...



LEON. Historia por historia... Deme usted las cartas y yo la entregaré el proceso...

MAT. (Con entereza.) ¡Jamás!

LEON. (Con un rugido.) ¿Es preciso que una de las dos sucumba?...

MAT. Preciso.

LEON. Pues las dos sucumbiremos... Su padre de usted vá á llegar de un momento á otro... usted le leerá las cartas... yo le leeré el proceso... yo apareceré á sus ojos como una mujer que ha ocultado su amor... él como un criminal...

MAT. Como un hombre calumniado...

LEON. Arreglemos nuestros papeles... Usted empezará...

MAT. No; yo no desplegaré mis labios... mientras usted calle...

LEON. ¡Ah! ¿tiene usted miedo?...

MAT. No; espero cierto momento... Cuando usted reciba mi herida ha de ser para no levantarse...

LEON. (¡Qué plan tan infernal!) (Acercándose á ella.) ¡Matilde!... no lleve usted las cosas al último extremo...

MAT. (Al ver á D. Manuel.) ¡Mi padre! puede usted decirle cuanto guste.

## ESCENA VI.

DICHAS, D. MANUEL.

MAN. (Mirando á Leoncia.) ¿Todavía así?... Yo la hacia á usted ya vestida de camino... Todo está preparado... El coche nos espera á la puerta... Vamos...

MAT. (Mirando al reloj.) ¡Dios mio! si marchasemos antes...

LEON. Me he entretenido con Matilde.

MAN. ¿Dándole buenos consejos?

LEON. Si.

MAN. Buena falta le hacen.

LEON. ¿Y ahora mismo podremos partir?...

MAN. Ahora mismo... Todo está arreglado...

MAT. Pero, papá, me parece una locura salir tan pronto... Yo me siento todavia indispueta...

LEON. (Espera á alguien... Todo lo adivino...) En cuanto empiece usted á sentir el aire del campo... se aliviará usted en seguida...



MAN. Dice bien Leoncia... Á nadie le puede sentar el viaje mejor que á tí...

LEON. Voy, con permiso de ustedes...

MAT. Yo no me pongo en camino.

MAN. Matilde, ¿tratas de darme un nuevo disgusto? No tienes nada.

LEON. Pero si ha estado tan buena hasta ahora... hablando y riendo conmigo...

ECG. ¡Que no se puede!... (Gritando dentro.)

MAN. ¿Quién disputa ahí fuera?

MAT. (Al ver entrar á Fernando.) ¡Ah! ¡Gracias, Dios mío!...

### ESCENA VII.

DICHOS, FERNANDO, un ESCRIBANO.

LEON. (Con espanto, al ver á Fernando.) ¡Ah! (¿Á qué viene ese hombre?...) )

MAN. (Con indignación.) Caballero, su presencia de usted en esta casa es un insulto...

FERN. (Sin cólera, pero con dignidad.) Reprima usted su indignación... Vengo bajo el amparo de la ley... (Señalando al Escribano.) El señor es un funcionario público, un escribano que viene á ejecutar dos providencias...

MAN. ¿Y qué providencias son esas?

LEON. (Con saña.) (Ya no queda mas que la venganza.)

ESC. Una de ellas es la que dispone el embargo de todos los muebles y efectos de esta casa.

MAN. ¡Un embargo!

ESC. Un embargo pedido por varios de los acreedores de doña Leoncia Suárez.

MAN. ¡Ah! Leoncia... ¿por qué no me ha dicho usted una palabra antes de dar lugar á este paso?... Ese embargo es inútil... importe lo que importe yo lo pago todo.

LEON. Que se ejecute... yo no puedo admitir.

MAN. Leoncia, usted será pronto mi esposa...

ESC. ¿Quiere usted conocer la segunda providencia?

MAN. Si, señor. Si es como la que acabo de oír (Dirigiéndose á Fernando.) no hay duda que quedará usted justificado... Infamia como ella!... ¡Atropellar á una señora!...

ESC. La segunda providencia está contenida en esta cédula. En ella se declara que habiendo resultado falsos los do-



- cumentos con que la mencionada doña Leoncia ha tratado probar su supuesto casamiento con don Jorge de la Torre, no tiene derecho á los bienes que reclama.
- LEON. (Ocultando su cabeza entre las manos.) ¡Qué vergüenza!
- MAN. ¡Imposible! Esa es una impostura...
- ESC. Caballero, está usted faltando al respeto... Lea usted: la sala segunda así lo declara.
- MAN. (Tomando la cédula.) ¡Ah, qué veo! (Á Leoncia.) ¡Dios mío! qué de cargos, qué de acusaciones recaen sobre esta pobre mujer!... ¡Ah, Leoncia, justifíquese usted! Una explicación...
- LEON. (Con altivez.) La hay; pero terrible... Yo también tengo que leer un proceso, donde mi acusador aparece como quien es, como un miserable...
- MAN. ¡Cómo!... ¡Qué oigo!...
- FERN. (Á Leoncia, que ha cogido el proceso.) Lea usted cuanto guste... Ese proceso no tiene ya valor ninguno. Su explicación es bien sencilla. Yo tomé un día una cantidad á préstamo, dando una escritura de depósito. El miserable á quien remití el dinero antes de que cumpliera el plazo se quedó con él. El prestamista acudió á los tribunales... Yo acabo de entregar segunda vez la cantidad que se reclamaba, y el juez ha revocado la sentencia.
- ESC. (Mostrando un papel á D. Manuel.) Aquí tiene usted la absolución de la instancia.
- LEON. (Dejando caer el proceso.) ¡Ah, todo ha concluido!
- MAT. (Entregando á D. Manuel las cartas.) ¡Padre mío, estas cartas!...
- FERN. (Arrebatándoselas.) Detente: no llevemos nuestra defensa mas allá de lo necesario. (Á Leoncia.) Tome usted, señora... (Sacando una carta.) Aquí tiene usted también la carta que ha escrito á Lopez, y que este ha presentado en descargo de una nueva estafa.
- LEON. (Tomándola.) ¡Esta nueva humillación!... (Con profundo abatimiento.)
- MAN. ¡Todo lo comprendo! ¡Matilde!... ¡Fernando!... hijos míos... sostenedme!... (Se sienta en una silla trastornado por la emoción.)



## ESCENA VIII.

DICHOS, el VIZCONDE, que entra precipitadamente.

VIZC. ¡Fernando!... ¡Tú aquí! ¿Llego á tiempo para ser tu testigo?

FERN. (Con voz enérgica.) Si, en mi boda; pará que digas á tus amigos, al mundo entero, que los desórdenes de la juventud se expian siempre; pero que cuando se vuelve con fé y resolucion al camino del deber, por fuertes que sean los lazos del vicio al fin se hacen pedazos.

FIN DEL DRAMA.

---

*Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.*  
Madrid 4 de Febrero de 1860.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.



## OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR.

---

Los pobres de Madrid.  
Una mujer de historia.  
Un sobrino (zarzuela).  
Madrid en 1818.  
El camino de presidio.  
Culpa y castigo.  
Por ser ella sin ser ella.  
Los fugitivos de la India.  
Dos mirlos blancos.  
Soberbia y humildad.  
Una heroína de Capellanes.  
Los molinos de viento.  
Los lazos del vicio.



# OBRA DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

Los padres de Madrid.  
Una mujer de historia.  
Una solista (cantada).  
Madrid en 1818.  
El camino de providencia.  
Culpa y castigo.  
Por ser ella sin ser ella.  
Los fugitivos de la India.  
Dos millos blancos.  
Sobriedad y humildad.  
Una heroína de Capallanes.  
Los molinos de viento.  
Los favos del viento.

Publicada en Madrid, en la imprenta de D. Juan de la Cruz, en el año de 1818.

Encomendado a la imprenta de D. Juan de la Cruz, en el año de 1818.